



Revista
de las
mujeres
nacional
sindicalistas





SOMBRILLAS

Y

PARAGUAS

FABRICACION
DE MONTURAS Y
ACCESORIOS



JUAN DE GARAY
OÑATE (GUIPUZCOA)

Telegramas = Garay

Teléfono n.º 188.

JALA



FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO DE
 HIJOS de ANTONIO SAN GIL y OLLO, S. L.
 ESPECIALIDAD EN PAPELES FINOS
 TOLOSA (GUIPÚZCOA)

ALMIDÓN

REMI



(MARCA REGISTRADA)

ALMIDÓN
 REAL
 DE ARROZ

HERNANI

(GUIPÚZCOA)



Teléfono 7025

CALLE MAYOR 46

HERNANI (Guipúzcoa)

Caja de Ahorros y Monte de Piedad Municipal de Bilbao

Entidad benéfica, exenta de todo propósito de lucro, por destinar íntegramente sus beneficios al saneamiento de su activo, constitución de reservas y sostenimiento de múltiples Obras Sociales.

Bajo el Patronato y con la garantía del Excmo. Ayuntamiento. Miembro de la Confederación Española de Cajas de Ahorros Benéficas y del Instituto Internacional del Ahorro, radicante en Milán.

CENTRAL (provisionalmente): A. de Mazarredo, 7. SUBCENTRAL y MONTE DE PIEDAD: Plaza de Santos Juanes. SUCURSALES en los principales pueblos de la provincia.



R. DE EGUREN, INGENIERO

SUCESOR

Bilbao

GRANDES ALMACENES
DE MAQUINARIA,
APARATOS Y
MATERIALES ELÉCTRICOS

MARTINEL OIZTEZ

*fábrica de
lámparas*

TITAN

PAÑUELOS EGIPCICIOS

FABRICA DE TEJIDOS,

PAÑUELOS

Y

BORDADOS MECANICOS

TOMAS CASTAÑO

VILLARALBO (ZAMORA)



PALEO



Fundación de los Reyes Católicos. Figuras orantes de Fernando e Isabel, consideradas como esculturas retratos auténticos de la época, del Convento de Santa Cruz, fundado por Santo Domingo de Guzmán en 1218 y suntuosamente rectificada por los Reyes Católicos hacia 1492. Probable obra de Juan Guas.



ESCENARIO REAL

Así como nos es imposible comprender bien un momento en un pueblo si no se conoce su historia, al enjuiciar una vida, que, por muy ilustre que sea, no es sino una llamarada, es preciso pararnos algo a considerar sus antecedentes que, por esas leyes de atavismo, tan misteriosas, pueden darnos razón de muchas cosas inexplicables. Y este es el caso de Isabel, vástago de esta raza de los Trastamaras, que parece representar todo el espíritu de la decadente caballería de la Edad Media. Isabel, es la antítesis de su padre Juan II, hombre que aborrece su oficio de rey, que es ciertamente durísimo e ingratisimo, pero que es el único capaz de llenar un corazón grande por sus inmensas posibilidades de hacer la grandeza de la Patria y su propia gloria personal. Por no reinar, Juan II abandona el gobierno en manos de don Álvaro de Luna, a quien da todo lo que pide: castillos, riquezas y condados, con tal de que asuma el afán del gobierno y le deje a él el tiempo libre para fiestas cortesanas, fiestas, sí, llenas de elegancias espirituales, pero que no son propias de un rey. Castilla agoniza en tanto el rey, en su cámara llena de esplendores moriscos del Alcázar de Segovia, pule una trova, escucha a sus juglares o arregla los pormenores de un torneo. Por esto Juan II, en la hora suprema de la verdad, ve claro el fracaso de su vida y anhela el haber nacido hijo de un menestral. Es la voluntad de deserción, indicio cierto de cobardía espiritual. En Enrique IV, el hermano de Isabel, aún son más claros los síntomas de decadencia. Enrique IV deserta aún de su dignidad de hombre y de su conciencia de cristiano. Yo creo inmensa en Isabel la influencia racial de su madre, Isabel de Portugal. La casa de Avis, que reinaba en Portugal, era una dinastía joven, dinámica, enamorada de la nobleza del poder, llena de anhelos imperiales, impregnada del sentido de responsabilidad. El fundador de la dinastía conquista un reino, y apenas lo ha pacificado, le señala ca-

mino de expansión e inicia la conquista africana. Sus hijos, son aquella «inclita geracao d'altos infantes», que cantó Camoens en un verso inmortal. El mayor, Duarte, legislador y literato. El infante don Enrique el Navegante, el tío de Isabel, el iniciador de los grandes descubrimientos geográficos, uno de los hombres más trascendentales de la humanidad, el creador de la escuela de Sagres, en la punta de Europa, el gran precursor, que envía sus carabelas con rumbos desconocidos. El infante don Fernando, el príncipe constante de nuestro Calderón, mártir en Tánger; el infante don Pedro, viajero infatigable, explorador en Etiopía. La reina Isabel, la madre de nuestra Isabel, apenas llega a la Corte da pruebas de una inmensa energía. Ella sola se basta para derrocar la potencia y la cabeza de don Álvaro de Luna, pero al cabo fracasa por causas de que ella no tiene la culpa. Muere Juan II, ha de recluirse en Arévalo y aquella energía malograda, produce en ella la locura. Isabel ha fracasado, pero sus anhelos han de tener realidad en su hija, una niña, pero en la cual ha logrado imbuir el sentido de la dignidad humana y de la responsabilidad de su sangre. ¡Cuán-

tas veces, ante el maravilloso sepulcro de Miraflores, he pensado en esta gran fracasada, cuyos anhelos se hicieron realidad, en fin, en su propia sangre!

Isabel se educa como una niña pobre, en caserones destartalados de Madrigal y de Arévalo. Hidalguía y pobreza son grandes maestros, y pobres hidalgos han hecho la historia de España. En el corazón de Castilla, su mente se va impregnando de un sentido austero y militante de la vida. En el corazón de la Castilla Católica, su Fe se hace sencilla y clara, sin turbaciones ni fantasmagorías. Años después, su nieto, el Emperador Fernando, decía a los protestantes de Alemania, que querían envolverle con sus sofismas: «¿Cómo queréis turbarme si me he criado entre los cristianos viejos de Medina? En Arévalo, en Medina, en Madrigal de las Altas Torres, en Cuéllar, Isabel forma su recia conciencia católica y ante el ambiente diáfano de la meseta, se acostumbra a ver claro, a dar a cada cosa su proporción exacta.

A los once años Isabel es llevada a la Corte de Enrique IV, y este ambiente tiene en su educación una influencia inmensa. Influencia al revés, influencia por reacción. No hay en las historias de Castilla ejemplar humano tan interesante como Enrique IV, el hermano de la reina, que vive habitualmente en Segovia. Es el *Rey Salvaje*, de Lebreton, que vive en un ambiente de exaltado y deformado barroquismo. Este barroquismo, era general en Europa en los últimos años de la Edad Media, época de vuelta a la naturaleza, de amor a las frondas salvajes, a lo exótico, a lo extravagante, en que los caballeros se visten de salvajes. Pero en España, los vicios de la decadencia se mezclan con los vicios sutiles de Oriente, siempre al acecho en las decadencias de Europa. Moros y judíos invaden la Corte. El rey viste y vive a la morisca y se complace en construcciones de un mudejarismo exaltado. Es un rey romántico y sensual, hundido en los vi-

cios y a quien todo canto triste le daba delcete. Aquella Certe, que preside la reina liviana Juana de Portugal, es una sentina de vicios. La vida de Isabel, desde los once años, es una reacción constante, de cada momento, para mantener su pureza intelectual y moral. El firme clasicismo, sencillo y austero, de Isabel se va templando para la lucha de aquella Castilla barroca y degenerada.

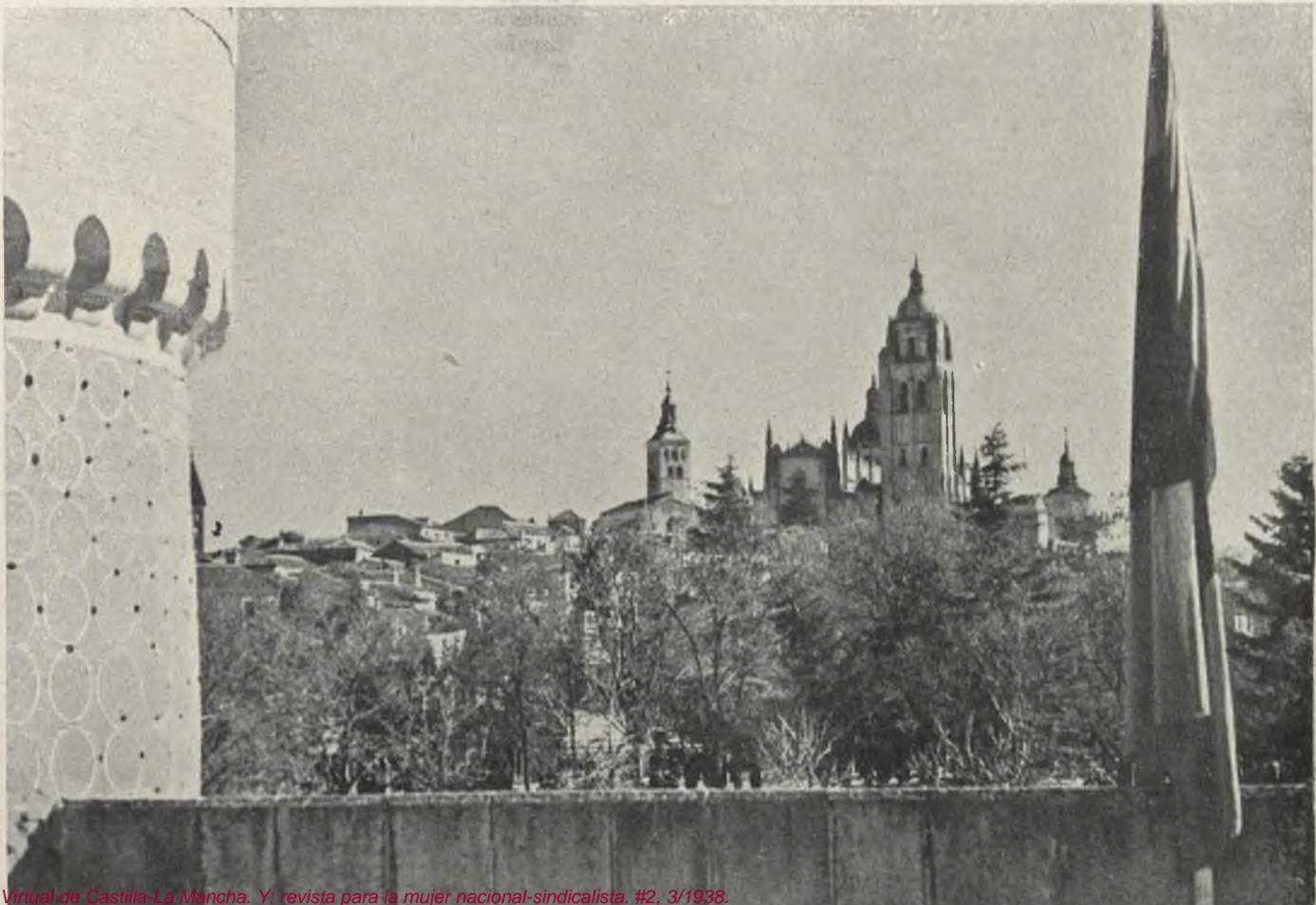
Y después, la Providencia, pone a la pobre infantilla, olvidada en Arévalo, en primer plano de la historia. Los nobles repudian a la Beltraneja, la hija supuesta del rey; muere el infante don Alfonso, y después de una serie de aventuras que superan en interés a una novela, Isabel se unía al hombre que ha elegido ella misma, se encuentra, aquí, en Segovia, coronada por reina de Castilla.

• • •

Estamos en la ciudad en la cual Isabel tuvo que enfrentarse con sus deberes de reina, y en la que tuvo, acaso, que superar las amarguras de sus primeros desengaños como mujer. Estas escenas, cuya intensidad dramática podemos vislumbrar a través de la prosa afeitada de los cronistas oficiales, no tuvieron lugar en el Alcázar, sino en la intimidad de las estancias moriscas del palacio de San Martín, que, muy modificado, subsiste todavía. El rey viene, a marchas forzadas, desde Aragón, y es recibido alegremente por los segovianos y sólo Dios sabe con qué alegría por la enamoradísima Isabel, pero aquel hermoso ejemplar de la raza humana es, ante todo, egoísta, frío, calculador. Por el camino, sus parientes y sus cortesanos le han ido alentando sutilmente sus pasiones. ¿Por qué ha de someterse al papel secundario de rey consorte? Él descende de Juan I de Castilla, en el mismo grado que Isabel y, como ella, por línea de varón. En Aragón, donde él es nacido, la costumbre excluye a las hembras de reinar; él, es nacido para el mando, para el Imperio, y cuando cae en brazos de su esposa, que no piensa sino en

él, viene lleno de reservas mentales y detrás de su noble frente anidan los pensamientos hostiles. ¡Gran conflicto y doloroso conflicto para Isabel! Como mujer, ella no quería sino lo que quiere su marido, y para ella la única felicidad en el mundo sería dejarle hacer y pasar la vida admirándole a él y contemplando a sus hijos; pero esto, que le es concedido a la mujer del más pobre de sus vasallos, a ella le es vedado. Ella ha recibido del cielo el Imperio, a través de una serie de circunstancias maravillosas, y renunciar al Imperio, es deserción. Ella, desde que fué ungida reina, se debe a la ley y a la justicia, y lo que pretende su marido es contrario a la justicia y a la ley de Castilla. Además, no tiene entonces sino una hija, la infanta doña Isabel, y lo que pretende Fernando equivaldría a desheredar a su hija. Su deber es resistir a su marido. ¡Qué espantosas exigencias tiene la vida a los que pretenden vivir conforme a la rectitud de su conciencia!

Es maravillosa, en este pasaje, la exquisita intuición femenil de Isabel. La solución que encontró, en sus desvelos en su cámara del palacio de Segovia, fué verdaderamente exquisita. En la ley, se mantendría el derecho, y la herencia de la reina quedaría a salvo, dando, sin embargo, aun en la misma ley, todos los derechos y satisfacciones posibles a don Fernando como rey consorte, pero, al mismo tiempo, Fernando recibía de su mujer todas las seguridades posibles de que a él correspondería de hecho el predominio. «Sólo seré reina donde vos fuéredes rey», dice que le dijo la crónica de la ciudad; «los vasallos saben que sois dueño mío y de mis cosas y sabrán que os han de obedecer como a su rey y mi rey». ¿Quién pudiera resistir a estas razones? Para darlas forma legal, fueron nombrados el Cardenal de España, el sabio y sutil don Pedro González de Mendoza, el introductor del renacimiento en Castilla, y el altivo don Alonso Carrillo, Arzobispo de Toledo, el último prelado guerrero y feudal. Ellos redactaron la concordia de Segovia, que es un modelo de sabiduría política. El reino pertenecía a Isabel por herencia,



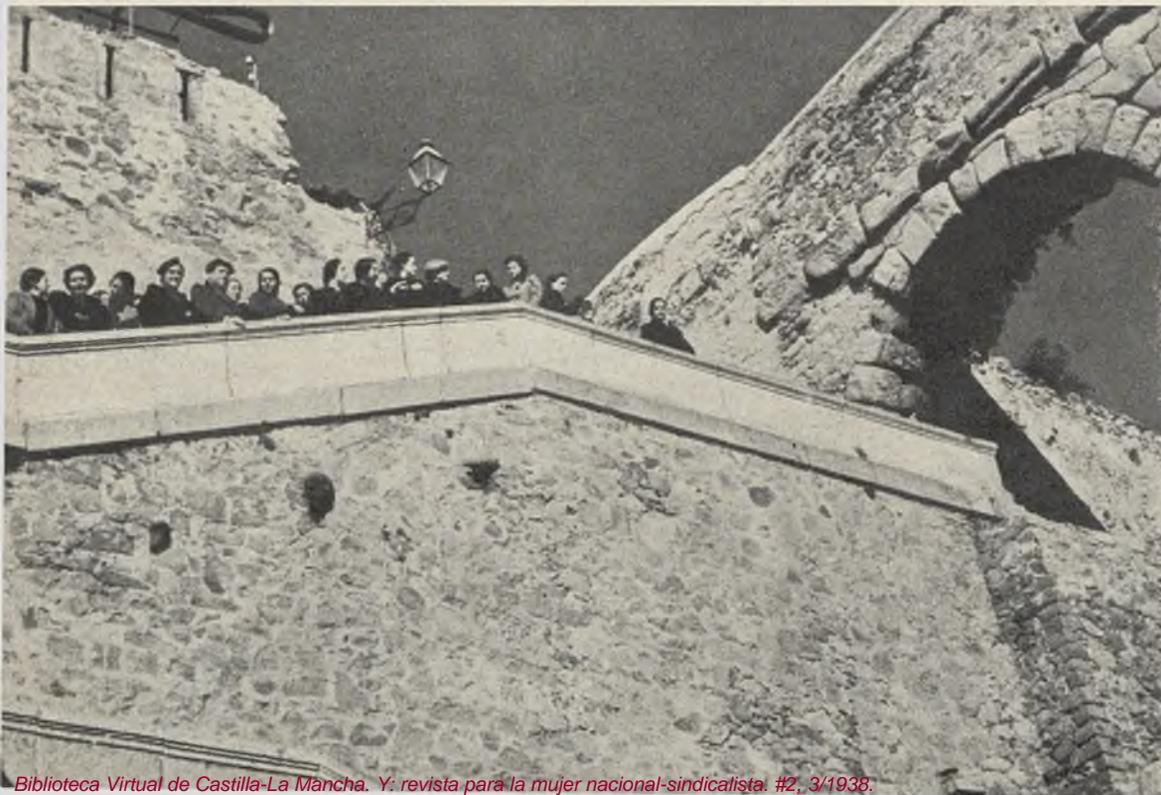
y al componerse el blasón conjunto, que había de ser el primer escudo de la España una, las armas de Castilla predominarían sobre las de Aragón, pues hubo un tiempo en que los reyes de Aragón y los Condes de Barcelona juraron vasallaje a los reyes de Castilla como a emperadores de España. Los alcaldes de los castillos, rendirían homenaje a la reina, y a voluntad de ella se harían los nombramientos de jefes para los ejércitos y de funcionarios para el Estado. En cambio, en todo cuanto era personal, se dejaba al rey la primacía. Los documentos se redactarían a nombre de ambos, poniendo en primer lugar el de Fernando. La justicia la despacharían juntos, estando juntos, y cada uno de por sí, si estuviesen separados. De aquí nació aquel lema: «Tanto monta, monta tanto Ysabel como Fernando», que en letras unciales se puede leer en las piedras segovianas. Acaso en Segovia, y con esta ocasión, se inventaron también los que habían de ser emblemas de los reyes. Correspondían estos emblemas a una costumbre caballeresca, muy en boga en los últimos años de la Edad Media, en que la decadente caballería lanzaba para morir sus últimos esplendores. Eran como una síntesis de la directriz de su vida, del pensamiento fundamental de un reinado; a ellos habían sido muy aficionados los Trastámaras y los Avis, de Portugal. Así, Alfonso V de Aragón usaba un trono en llamas, con el mote: *sit perillos*, y Enrique IV de Castilla, un ramo de granadas, con el lema: *agri dulce es reinar*. Era frecuente en estas figuras, un simbolismo galante. Así, Isabel, escogió como señal un haz de flechas, porque la inicial de flecha es la misma que la de Fernando y en este supremo acierto resumía el ideal de su vida: unir reinos, concertar voluntades. Fernando escogió un yugo, porque la Y de yugo es la Y de Ysabel, porque en este emblema estaba retratada su voluntad de Imperio y porque simbolizaba la misma concordia de Segovia: dos voluntades concordadas unidas, para una inmensa empresa común, a la pesadumbre de un deber abrumador.

En su vida de reina y de mujer, la gran intuición de Isabel consiste en haber sabido darse exacta cuenta del papel del hombre y de la mujer en la sociedad y en el hogar. Porque hay es la especie humana—Eugenio D'ors os lo explicará un día de estos maravillosamente—dos cones, dos constantes históricas diversas: el femenino y el viril y cada uno tiene su parte en la historia y en la cultura. El querer dar a la mujer funciones viriles, es el gran error del sufragio moderno.

Isabel tenía a su lado uno de los representantes más puros del eón varonil. Fernando era egoísta, como suelen serlo los príncipes acostumbrados a confundir su propio bien con el bien del Estado y tenía aquella suprema condición viril de proferir las cosas abstractas, los principios, la gloria del Estado a las sensiblerías del momento; Fernando perseguía su fin de un modo duro e implacable y ninguna consideración de ternura o de sensibilidad le hacía detenerse. Por esto fué ingrato; ingrato con Isabel, pues a los seis meses de la muerte de aquélla, que le había amado con locura, se casa con Germana de Foix, porque en aquel momento era lo que convenía a su política y cualquier razón sentimental debía subordinarse a esto. Por eso fué ingrato con el Gran Capitán, a quien debía el reino de Nápoles, cuando su presencia en Nápoles fué perjudicial, y con Colón, descubridor del Orbe nuevo, cuando sus pretensiones perjudicaban al Estado, y con Cisneros y con todos. La ingratitud es un distintivo de los grandes señores, aún más que la corona imperial; Felipe II, fué ingrato con don Juan de Austria, y Luis XIV, con Louvois y con Fouquet. El conde Villiers de l'Isle Adam, reconoció como rey al relojero Naundorff, que se decía hijo de Luis XVI, cuando le vió cometer un acto de ingratitud.

Pero la vida en las alturas sería de una horrible aridez si no existiese en ellas la mujer. Isabel sabe cuál es su oficio y lo desempeña maravillosamente. A su marido corresponde el calcular, pero el soñar le corresponde a ella. Bien está que Fernando regatee a Colón los medios para llevar a cabo su empresa, que al cabo era una locura, pero a ella le toca entusiasmarse con ella, estimular el genio del Almirante, que era, ante todo, un gran poeta, ofrecer sus joyas, si es preciso; la tortuosa y a menudo amorosa diplomacia de Fernando va preparando sabiamente, como admirables jugadas de ajedrez, la conquista de Granada, jugando como con muñecos con el rey Chico—un romántico—y con el Zagal—un guerrero—la conquista de Nápoles, engañando una y otra vez a Luis XII de Francia. A Isabel corresponde enloquecer de entusiasmo a los capitanes con su palabra y con su sonrisa, como en el sitio de Baza, como en el sitio de Granada. A Isabel se debe el espíritu de las leyes de Indias, el sentido misional de la colonización hispana en América, cuanto hay de más elevado, de más noble en el gran reinado. Camaradas, acordaos del ejemplo de Isabel cuando leais el cuarto de vuestros puntos. No es para ti la acción, pero sí el aliento del obrar heroico.

Pero a Isabel corresponden también funciones caseras que un hombre desdeñaría. Ella se encuentra, en aquellos días de enero, en Segovia, nuevo todavía el peso de la corona, ante la Castilla caótica y pintoresca de los Trastámaras, con sus hidalgos facinerosos, con sus clérigos truhanes y aseglarados, con sus aljamas de moros y de judíos. Pero, dentro de aquel caos, ¡qué veneros enormes de energías que es preciso estimular y encauzar! Isabel se pone a la tarea con el alegre desahogo de un ama de casa de Castilla, a quien llaman para poner en orden una mansión desgobernada. Es la mujer fuerte de la Biblia, la perfecta casada de Fray Luis de León. Arroja fuera a los criados ladrones y holgazanes y premia y estimula a los honrados



y virtuosos. A cada uno da su quehacer, según sus talentos, y les pide luego cuentas estrechas. Y, en efecto, aquellas energías dispersas se van congregando en torno de la reina, porque Isabel ha sabido brindarlas con un ideal. Y así, el marqués de Cádiz y el duque de Medina, que hacían imposible con sus querellas la vida en Andalucía, acabaron en grandes amigos, uniendo sus espadas para bien de España y de la Cristiandad; a barrer, limpiar, adecentar, esta fué labor de toda la vida de Isabel en las órdenes religiosas y militares, en la burocracia, en el ejército. Hay momentos en que el haz de flechas de su emblema, se parece bastante a un objeto muy semejante, aunque menos noble: A una escoba.

Pero este papel heroico—todo en la vida de Isabel es heroico—lleva consigo toda una serie de dolorosas renunciaciones. El rey es ingrato con ella misma. El rey, tan amado, cada vez más amado, se cansa de la austera, de la honda dulzura conyugal de Isabel y busca solaz en infinidad de fáciles amoríos. Es el renacimiento con su concepto pagano de la vida. Isabel sufre de celos horriblemente, tanto, que años más tarde su hija doña Juana ha de disculpar su pasión con el ejemplo de su madre. Pero, aun en aquel trance cumple exactamente, heroicamente, con su deber. Si nota que Fernando se fija demasiado en alguna doncella de su Corte, sabe alejarla con un buen casamiento u otro expediente honroso; se rodea, dice Pulgar, de mujeres nobles, de edad madura y virtuosas costumbres. Y, probablemente feas, añadimos nosotros. Y una vez que ha hecho cuanto le ha sido posible, sabe perdonar y sigue amando, cada vez con más locura, al compañero de los azares y peligros de su juventud, el que la robó para siempre el corazón cuando, vestido de mozo de mulas, fué el héroe de la más estupenda novela de caballerías que se haya vivido en el mundo. Conmueven aquellos párrafos que dedica en su testamento al hombre que no tiene corazón: quiere que sus cuerpos reposen juntos, en la Capilla Real de Granada, para simbolizar la unión que tuvieron en vida y le deja sus joyas para que le sirvan de recuerdo perpetuo y le ayuden a bien vivir. Fernando no entendía aquellas sutilezas. Era rectilíneo y frío, como las aristas de un cristal.

• • •

Así llega Isabel cuando al-borea el siglo XVI, el gran siglo del Imperio, al ocaso de su vida y de su reinado. Bien puede, desde la terraza de su castillo de Medina, mirar tranquila su obra. Ella ha recogido todas las aspiraciones de la Castilla medieval, y ha dado realidad a todas. Castilla, desde los días de Sancho el Mayor, de Alfonso VII, sentía la aspiración a la unidad, y la unidad ha sido realizada. Castilla aspiraba a consumir la reconquista, a arrojar a los moros de España, y la cruz de plata del Cardenal Mendoza ha brillado sobre la Torre de la Vela. Desde los días de Enrique III, que envió embajadores a Tamerlán y navíos a Canarias, Castilla deseaba revelar los misterios del Océano, y el mar ha entregado ya sus mundos y no es la pos-

trera comarca de la tierra la lejana Thulé. Alfonso X había aspirado al imperio alemán, y ya está abierto el camino de la intervención española en el centro de Europa y ha nacido en Gandía el niño que ha de unir las coronas de España y de Alemania. Jaime el Conquistador, Pedro III de Aragón, han señalado a sus naves el camino del Mediterráneo, y en tiempo de Isabel se ha conquistado Nápoles y se ha establecido la supremacía española en Italia. La política española es una rosa de los vientos, abiertas a todas partes. Isabel no ha abandonado una sola de las direcciones que la marcaba la historia de su pueblo. Ciertamente, puede mirar tranquila su obra y su vida.

Pero, ¡a cuánta costa se conquista la gloria! Un buen rey, cumplidor de su deber, es un mártir, y la vida de Isabel ha sido un martirio. En tensión constante, sin un instante de reposo, siempre acuciada por un sentido terrible de responsabilidad, de esa responsabilidad que exigían a los reyes nuestros escritores del Siglo de Oro. Y luego, Dios envía grandes penas a las grandes almas y ha probado reciamente la de Isabel. Su pasión, son su marido y sus hijos. Su marido, le ha hecho probar las amarguras más grandes por que puede pasar una mujer enamorada. De sus hijos, muere el heredero, el príncipe don Juan; muere doña Isabel, reina de Portugal, en quien se hubiesen unido todos los reinos peninsulares. Doña Juana, la heredera, está loca de celos; doña Catalina, es una mártir, en un país lejano, en manos de ese monstruo coronado que mancha, con mancha de sangre y de grasa, la historia de Inglaterra.

Cuando se vive de esta manera, la muerte es una liberación, y la muerte, amiga de los buenos reyes, llega por fin a Medina, en el otoño de 1504. Isabel dicta su testamento, tan admirable que si no tuviésemos de ella otra cosa, él nos bastaría para conocerla. Entre una lluvia torrencial, su cuerpo es llevado a la Alhambra de Granada. Contemplad un momento su rostro en el supulcro que esculpíó para ella Domenico Fancelli de Setignano. Su cuerpo, laxo, revela un gran cansancio, pero su rostro resplandece de serena beatitud. ¿Será porque al fin tiene, sólo para ella, al esposo tan amado? Todas estas inquietudes pasaron con la vida, pero permanece eternamente la alegría de haber dado cima, dolorosamente, a un inmenso deber.

MARQUÉS DE LOZOYA





HAY una maravillosa ficción que reproduce unas veces parte de la vida, otras toma de ella solamente una línea, la eleva o la caricaturiza, pero en todo caso crea un mundo aparte que puede recordar

el mundo nuestro o volar sobre él; un mundo de proporciones distintas y relaciones sorprendentes, que aparece y se pierde de pronto, cuya ley de gravedad es la ley—si tal cosa existe—de arte. Esta ficción es como una necesidad antigua en la historia humana y se llama teatro.

Sin embargo, esta palabra —teatro— no evoca ya para nosotros el mundo de que hablo. La ilusión había muerto víctima de imperfecciones y el misterio había huído por los poros abiertos de este mundo entregado a la vulgaridad.

En España ha sido necesario comenzar todo de nuevo y en realidad, nuestro carácter prefiere esto a aprovechar las cosas. Para el que quiera se presenta en el futuro un quehacer, su parte de la tarea magna, en el teatro como en todo, nada de lo viejo quedará en pie, lo antiguo sí; nuestros clásicos con nosotros, puesto que clásico es el momento que vivimos.

En espera de días ya próximos en que recobre el teatro, dotado de sentido y medios nacionales, la categoría que para él deseamos, quiero hablar de ese primer nobilísimo esfuerzo realizado por La Tarumba, teatro de la Delegación de Prensa y Propaganda de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., de Sevilla, que ha recorrido ya con calor de triunfo los escenarios de más de media España.

La Tarumba, nace con la guerra. En ese grupo de jóvenes que en el verano del 36 se reunieron en Huelva para ensayar entremeses de Lope y de Cervantes, hay elementos tan valiosos que un observador sagaz hubiese advertido que ese grupo tenía en sí posibilidades superiores a la obra que por el momento acometía, así como aquel otro de comediantes que allá por 1643 firmaba en París un acta de asociación, por tener en él a un tal Poquelin, que más tarde firmó sus comedias con el seudónimo de Molière, valía ya por la Come-

dia Francesa que había de llegar a ser andando el tiempo.

En un principio, La Tarumba, trabaja y se temple en escenarios de pueblos andaluces y en plazas públicas. Artísticamente sigue en muchas cosas la línea de La Barraca, a la que se podría impugnar (sigo hablando en el sentido artístico), no por lo que hizo, sino por lo que —contando con las subvenciones y facilidades que contaba— dejó de hacer. En este período montan en escena obras cortas de Cervantes y de Lope: La Guarda Cuidadosa, el Retablo de las Maravillas, Los Habladores, El Degollado Fingido y varias más. En un primer Pliego de Romances, apunta ya una de las facetas más interesantes de esta agrupación: en él se recogen romances, canciones y bailes populares.

A las dificultades de toda índole que acechan siempre a empresas como ésta se unen otras inevitables en los momentos actuales. Por algún tiempo, pareció que La Tarumba había sucumbido a ellas. Ocho meses sin representar y muchos de sus elementos dispersados podían hacer creer que había muerto.

Pero la Falange, en cuyo nombre se había creado, no permitió que sucediera así. Volvieron a La Tarumba los elementos dispersos y algunos nuevos y con ellos una nueva vida, tan intensa ésta, que en menos de un mes se estrenaron con enorme éxito, en Sevilla, tres nuevas obras.

Aparte de su labor artística y educadora del pueblo, hay dos cosas que conviene señalar en La Tarumba: una, la de llegar esta Compañía, no obstante el rigor artístico a que nunca renuncia, a los frentes y dar en las poblaciones de retaguardia funciones gratuitas para los heridos de la guerra; otra, es la de que los muchachos que componen La Tarumba, se bastan a sí mismos, y así, aquellos que después en la escena vemos representar como consumados actores, son los que horas antes han descargado el camión y montado la escena, y esas muchachas, bellas y frágiles, a las que se creía divas caprichosas son las mismas que hacen los baules y planchan los vestidos.

La importancia artística y educadora del teatro es enorme, la labor por realizar casi puede decirse que es total. Yo quisiera llamar a concilio a todos los que sientan el teatro, a todos los que crean que pueden traer una ayuda, una aportación nueva o interesante a este nuestro teatro hasta ahora tan solo, o mejor, tan mal acompañado.

Luis ESCOBAR.



«El Belén»
de
«La Tarumba»



España, Europa, la Ignorancia, el Tiempo y la Guerra
en «Las Bodas de España», de «La Tarumba».



Las lavanderas en «El Belén», de «La Tarumba»



La Sabiduría, la Paz, la Hartura, la Alegría, en el auto sacramental
anónimo del XVI «Las Bodas de España»





QUEHACERES DE MARIA Y DE MARTA EN LA ESPAÑA NUEVA

Deslizando su mano menuda en la mía:

—Mamaíta—me dijo—, ¿verdad que no me llevarán de aquí?

Yo la miré hondamente perpleja, conmovida hasta en lo más profundo del ser. ¡Mamaíta!... Tenía una cara pálida de hambre y de só-tano, y una mirada espan-tada de haber visto dema-siado. La tomé en los bra-zos. Y la tibieza blanda de su mano se deslizó por mi cara.

—Mamaíta... Mamaíta... —volvió a repetir—. ¿Por qué lloras?— preguntó des-pués.

Yo no pude contestarle. No supe contestarle. Solamente la besé como hubiese besado a mi hija. Como su madre la hubiese besado.

Era una nena huérfana de nuestro Hogar de Vida-nia. Que yo veía por pri-mera vez. Que por primera vez me veía. Una tragedia familiar, una de las infinitas tragedias anónimas de Es-paña —el padre caído en nuestro frente, la madre, fu-silada «del otro lado»—, había derrumbado su mun-do pequeño, trastornaba sin duda, en su pequeño cere-bro, el sentido real de las cosas, de los hechos, de los conceptos.

¿Por qué llamaba «mamaíta» a una mujer desconocida? ¿Un parecido quizá? ¿Un hambre insaciada de ternura? ¿Un impulso instintivo a cobijarse en una feminidad?

En ese instante en que yo besé a la niña pálida que me llamaba «madre» comprendí toda la magnitud del maravi-lloso campo de acción que nuestra Patria brinda hoy a sus hijas. Y vi el camino a seguir: ser María —amor y compren-sión— junto al hondo dolor que por todas sus heridas emana el alma de España, y Marta, fecunda y eficiente, ante la tarea material de curarlas.

Nuestra España necesita de todas sus mujeres. Pero en contraste con la España que oprime el marxismo, no les exige que se conviertan en «fundidores», mecánicos, electricistas o químicos (*Frente Rojo*, Valencia, 13 enero 38); no quiere

esas lamentables caricaturas de hombres contra las cuales se revuelve el propio comunista protestando «¡Que a él no le mandan mujeres!» (*Mundo Obrero*, Madrid, 8 enero 38), sino todo lo contrario: espera de ellas que apliquen a la alta labor de la reconstrucción nacional precisamente sus caracte-rísticas más delicadas, más nobles, más eficaces: ternuras de Marías y saberes hacendosos de Marta.

España quiere que sus mujeres le sirvan únicamente como mujeres. Que «hagan Patria» únicamente como muje-res. Que su esfuerzo y su trabajo respondan exactos a sus posibilidades mentales y físicas. (A este fin irán encauzadas las leyes protectoras del trabajo femenino.) Pero al recono-cerles todas las prerrogativas de su sexo, exige de ellas tam-bién la implacable consciencia de la hora que atravesamos.



Cara al sol...



Les exige un máximo rendimiento en servicio y sacrificio. Les exige conocimiento y renunciamento: conocimiento de sus deberes y renunciamento a egoísmos, frivolidades, ambiciones personales y pequeñas.

La mujer que quiere el Nacional-Sindicalismo, como ha dicho Pilar Primo de Rivera, ha de ser «austera y alegre, formada con la doctrina cristiana y nuestro estilo, útil en la familia, en el Municipio y en el Sindicato». Y ha de saber convertir la dura vida que nos aguarda —y que voluntaria-mente querremos áspera con tal de hacer más llevadera la de otros hermanos nuestros— en una vida llena de belleza y de alegría. Alegría y belleza que nuestras Secciones Femeninas enseñarán a poner hasta en los gestos más nimios y las cosas más pequeñas de la existencia cotidiana.

La mujer que quiere el Nacional-Sindicalismo ha de saber de las necesidades de su pueblo. A través de sus instituciones habrá llegado hasta su entraña dolorosa. La Hermandad de la Ciudad y el Campo le habrá enseñado lo que significa el sudor de una frente y los callos de unas manos. Y lo que cuesta arrancar del seno de la madre tierra sus frutos. Y lo que agotan las horas sobre los surcos, espalda al sol.

El Auxilio Social la habrá conducido hasta las viviendas lóbregas donde se apiñan en haz de miserias familias enteras. Y habrá escuchado el llorar de niños con hambre. Y habrá sentido frío en los hogares sin lumbre. Y pesar de corazón ante pesa-res ajenos.

La mujer que quiere el Nacional-Sindicalismo, al conocer los dolores de su pueblo, sabrá lo que le hace falta, y lo que pide y lo que es indispensable darle. Y comprenderá el por qué de las privaciones que hemos de imponernos y de los sacrificios que se nos exigirán. Y abarcará plenamente el sentido re-volucionario de nuestro Movimiento, rectificador de pasados errores y de pasadas negligencias. Y se afirmará en ella la consciencia de la responsabi-lidad individual, el sentimiento punzante de «yo he contribuido a esto» y el impulso generoso de «yo voy a ayudar a remediarlo».

Conocimiento es comprensión. Comprensión, ayuda. Ayuda mutua, solidaridad.

La mujer que quiere el Nacional-Sindicalismo, tiene que estar impregnada de ese sentido social tan profundamente cristiano que es la disposición a sentir, a ver las reper-cusiones, aun las más lejanas, que sobre la moralidad, el trabajo y la salud de los otros —sobre el bien general— pueden tener hasta las acciones más corrientes de nuestra vida.

Tiene sentido social —y, según palabras que no son mías, «quien ve a través de los primeros planos engañosos, al hombre». Detrás del mostrador, al empleado. Detrás de la locomotora, al fogonero. Detrás de la cosecha, al labrador. Más allá de la producción, y aún detrás del obrero, a la familia, a la colectividad, a la nación. Colocando siempre por encima del «yo» egoísta el «nosotros» de la hermandad.

Quehaceres de María y de Marta aguardan a la mujer en la España nueva. Tareas anónimas y disciplinadas que exigen exaltación de Fe y voluntad de servir. Y que, sin aspiración a mayor premio que la paz que trae consigo el deber cumplido, obten-drán, no obstante, de vez en vez, un galardón de maravilla.

—Mamaíta—me dijo la niña pálida del Hogar de Auxilio Social — «qué bien estoy aquí...»
CARMEN ICAZA



Comprensión amorosa de María...



Tareas hacendosas de Marta...

Cartas de Alemania

MI primer y feliz encuentro con Berlín ha sido la clausura de la semana musical del B. D. M. (Organizaciones Juveniles Femeninas.)

Encuentro luminoso en verdad. Luminosa la sala de fiestas (danzas y música) de Reichssportfeld. Circular y abovedada, tan moderna, tan sencilla, tan blanca de luz y tan mate su color grisáceo.

Verdaderamente siento que no hayáis compartido la impresión reposante y suave de este moderno circo, maravillosamente decorado con camisas blancas y corbatas negras del B. D. M.

En la pista, 50 violines y otras tantas flautas y guitarras o mandolinas, dirige la humorista y pequeña encargada de música en la Sección Provincial de Cultura (B. D. M. de Berlín). Sus movimientos alegres y persuasivos tienen más fuerza de cohesión que toda la cultura musical del más viejo y virtuoso profesor.

Los coros de Mozart, clásica y asombrosa armonía de voces diminutas, los dirige una pelirroja, original y etérea muchacha. Dos fotógrafos, camerámenes de películas rodean los grupos musicales sigilosamente, de puntillas para no turbar el silencio de la música. Los enfocan en todos los sentidos, contra todas las luces y desde todas



las posturas. La más joven «cameramen» es tan fotogénica como fotógrafa, se ha vestido de nuevo como su arte y se sale por una vez de la ingenua y sencilla uniformidad del B. D. M. Es como un átomo alargado, que alguna célula comunista no pudo recoger en su precipitada fuga de Berlín. Disfrazada de artista, con el cuello y corbata de hombre, estrecha y larga en su despegado traje sastre, es tan sutil, tan delgada, como el trípode de su máquina, tan exagerada y atrevida como los valientes contraluces que enfoca.

Es interesante observar y comentar la superior cultura musical y también intelectual de

las jóvenes del B. D. M., pero mucho más interesante puede resultar saber antes quiénes son estas jóvenes.

He vivido con todas las muchachas del B. D. M. en diferentes colegios para jefes, y nunca he podido averiguar la procedencia social de cada una; igual uniforme, igual peinado sencillito y limpio, igual ducha fría, igual postura o modales en la mesa, igual conversación sobre política o historia...

Sin embargo, en la Sección de Personal (B. D. M. de Colonia) está el fichero de jefes, la ficha y los uniformes de cada una de ellas, y en la pared, en gruesos caracteres



Sus movimientos alegres y persuasivos tienen más fuerza...



góticos, una estadística que dice así:

Jefes de grupo de B. D. M. (edad: 23 a 19).

Trabajan en:

Fábrica.....	195
Campesinas.....	81
Estudios.....	240
Comercio.....	877
Maestras.....	176
Criadas.....	247

Jefes de grupo de Jungmädel (de 21 a 16).

Fábrica.....	75
Campesinas.....	43
Estudiantes.....	1485
Comercio.....	408
Maestras.....	209
Criadas.....	493

Por eso en Alemania se viaja en 3.^a Aparentemente esto no guarda una relación concreta con la cultura musical de B. D. M. Sin embargo, yo hice ayer Düsseldorf-Berlín en una tercera con cuerpo de madera y alma blanda y confortable, como un edredón de plumas. La psicología de la tercera alemana es más correcta, cordial y agradable que la primera del más importante exprés europeo, fuera de la fábrica en traje de viaje no es posible distinguir al mecánico del ingeniero. En este democrático país si se le da a la palabra democracia su exacto sentido, el nombre ha conseguido también su exacto valor de hombre. Esto que acabo de decir es una vulgaridad, pero así es.

Cualquier B. D. M., sea ésta la hija del gran fabricante Krupp o la hija del más humilde montador, puede complacientemente posar su mirada (y hasta su corazón) sobre cualquier camarada de la S. S. y viceversa. Porque si el camarada es un monumento como las estatuas de Kolbe, y si tiene los zapatos relucientes y las manos acostum-



bradas al agua y el pelo al agua de Colonia, ¿qué más da? ¿No saben ella y él cuáles son los problemas europeos y cuáles los que interesan a Alemania? Saben, además, seguramente, que una lámpara de hierro o un armario de buen olmo tallado a mano, tienen más valor que una reluciente y dorada lámpara con flecos verdes. ¿Y no sabe él que una muchacha del B. D. M. fuerte y deportiva que salta tres metros a lo largo y uno a lo alto, que aprendió a guisar, a cantar, a leer y a forrar sus libros con resbaladizo pergamino, vale más que esa rubia platino que pasea por el Unterden Linden?

La Juventud Hitleriana realiza en Alemania el milagro asombroso de hacer desaparecer la primera y

tercera clase en beneficio de una segunda—cada vez más elevada en cultura y moral.

El marxismo y la egoísta burguesía—reservándose exclusivamente para ella la formación intelectual—habían asignado al trabajo un valor puramente económico: el obrero quedaba excluido de la cultura. Se borran progresivamente sus facultades creadoras espirituales.

Se anulaban las posibilidades productoras del obrero para cualquier otro sector de la actividad humana....

En España, será también la juventud quien, en un supremo esfuerzo de cultura compartida, realizará la difícil tarea de unidad social.

Porque anhelamos hablar todos el mismo idioma, como decía José Antonio...

Anhelamos una estética social que armonice con la riqueza de nuestra tierra, con la belleza de nuestro arte y con la gloria difícil de nuestros héroes.

Carmen WERNER

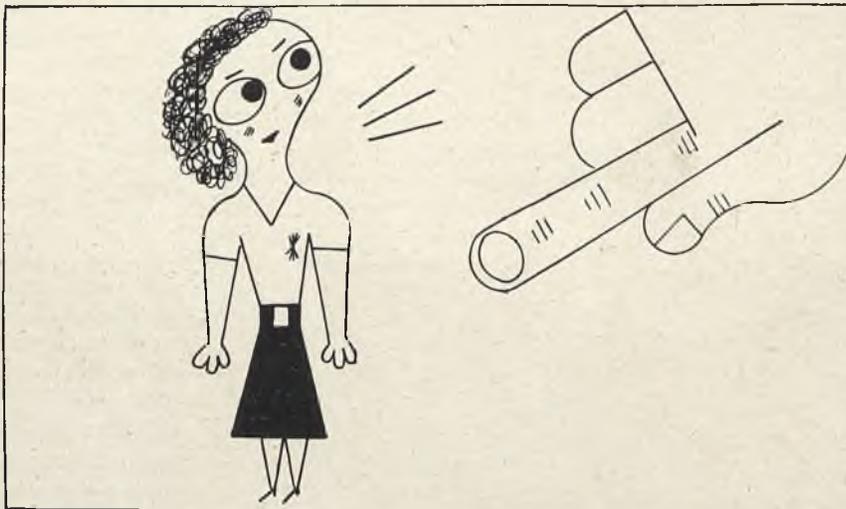
Regidora central de cultura y formación de Jerarquía.



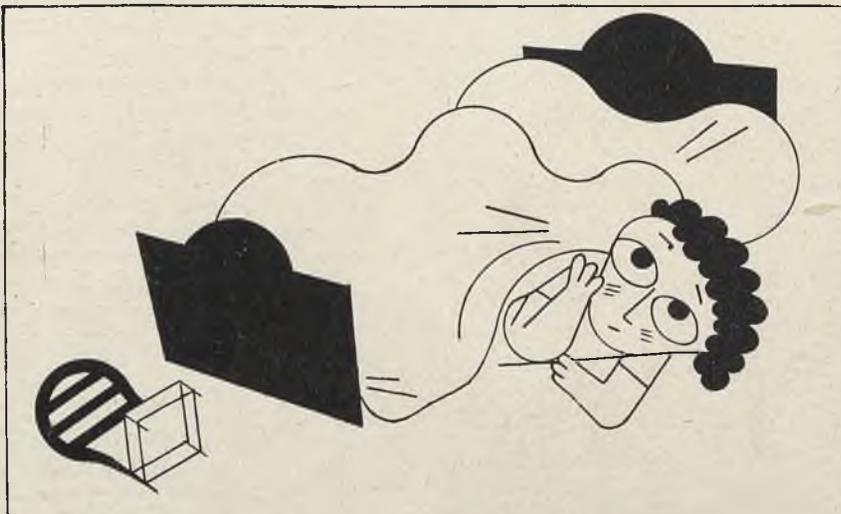
ENEMIGOS DE LA MUJER



EL CHISME



LA DESOBEDIENCIA



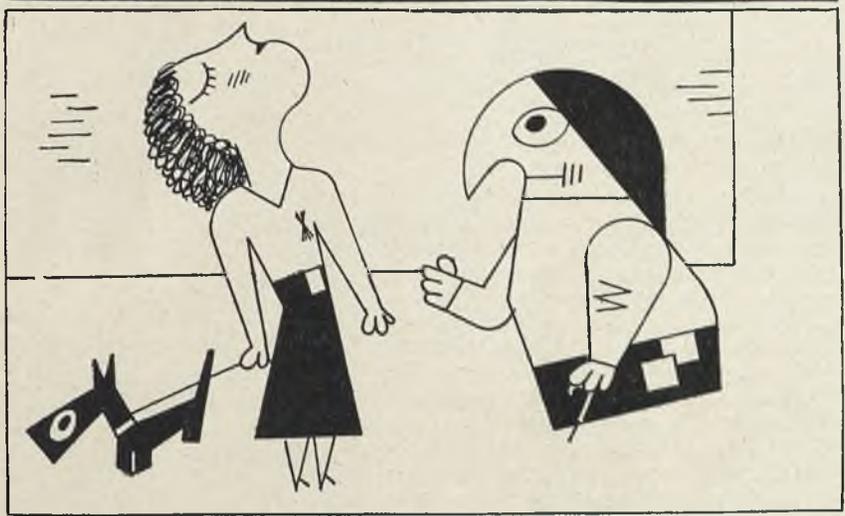
EL MIEDO

NACIONAL SINDICALISTA

LA PEREZA



EL ORGULLO



EL PESIMISMO

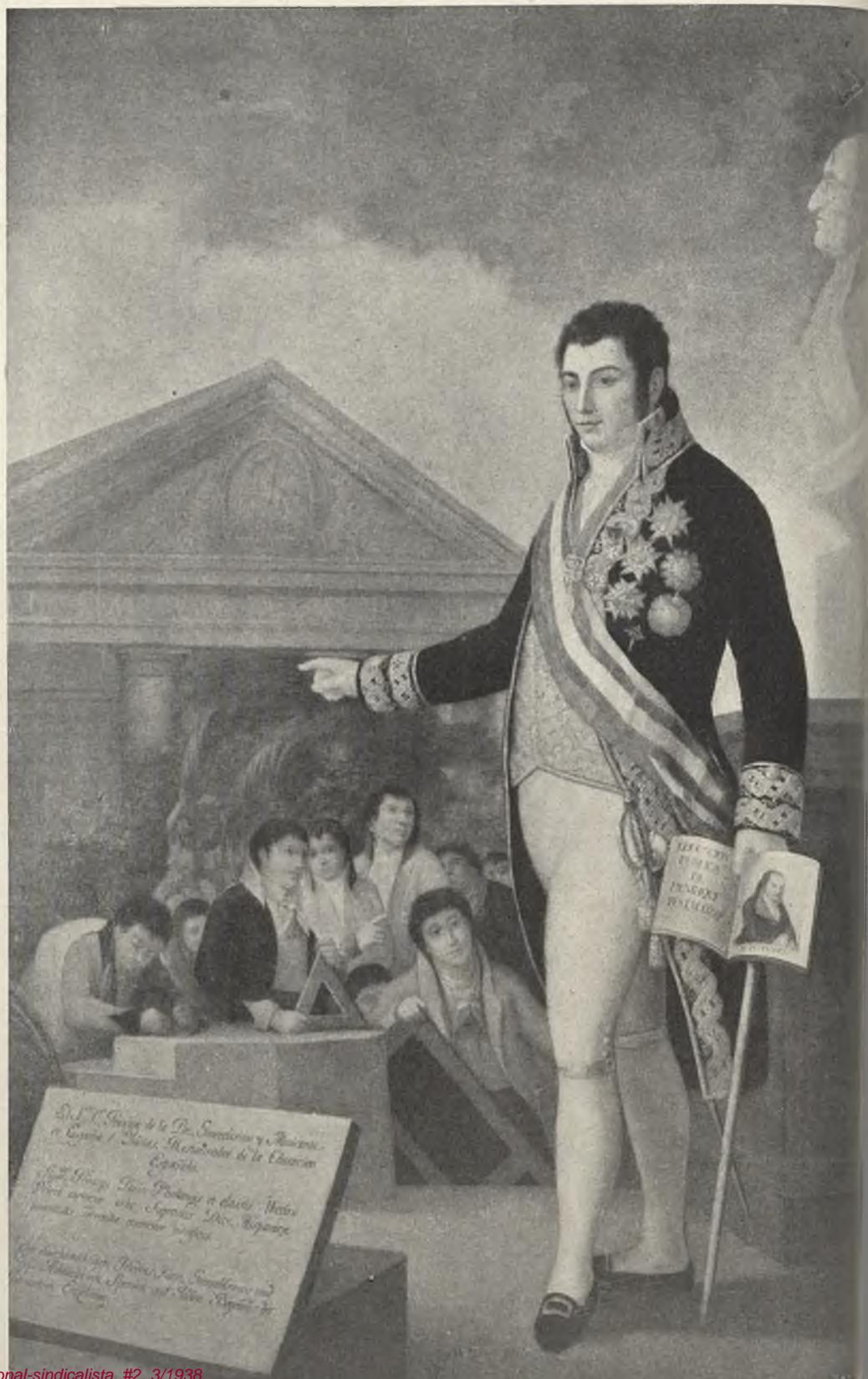


UN RETRATO



Es el Hotel Drouot, como playa adonde llegan los despojos de los numerosos naufragios que suceden a diario en París. Allí se reúnen los restos de las fortunas deshechas, de las casas liquidadas por la muerte o por un perverso de tino, las joyas espléndidas de las mujeres que fueron opulentas, los muebles modestos del sabio que vivió entre estrechuras y escaseces, todo va a parar allí, y, como es natural, entre la muchedumbre de los objetos salidos a venta, hay, más a menudo de lo que pudiera creerse, obras de arte, que por no haber tenido la suerte de ser suficientemente bombeadas, pasan modestas por las subastas, no alcanzan altas tasaciones y los ojos distraídos de los curiosos sólo ven en ellas un número más de un catálogo y no aprecian su mérito real. Así es que, quien no es lerdo y sabe dónde le aprieta el zapato, puede a lo mejor adquirir ventajosamente algo que vale muchísimo más de lo pagado en su adquisición.

Por las postrimerías de su privanza, de la que ya sólo había de gozar contados meses, allá al fin del año 1806, el Excelentísimo Señor Don Manuel Godoy y Alvarez de Faria, Príncipe de la Paz, Duque de la Alcudía, Generalísimo de España y de sus Indias, fundó con el laudable propósito de renovar la educación en España, un colegio en el



DE GOYA

que se aplicaban los entonces modernísimos métodos de enseñanza del pedagogo suizo Enrique Pestalozzi. Fué esta tentativa una de las mil que se han hecho en España para mejorar la enseñanza, y a su calor unos cuantos señores se apresuraron a ensalzaria, colmando, al pasar, de elogios al Príncipe de la Paz, con la esperanza de que éste, en cuyas manos estaba España entera, favoreciese con pingües cargos, más o menos pestalozzianos, a los corifeos de aquella iniciativa, que además difundíase con facilidad, pues traía consigo un ambiente simpático. La escuela de Madrid se instaló en la calle de San Bernardo, número 5, y poco más tarde, en el número 3 de la calle de la Paz, donde siguió hasta que en 1808 apareció un real decreto, disolviendo la escuela, desperdigando a escolares y profesores y declarando el fin de este pedagógico ensayo sin darle el tiempo preciso a que rindiese sazonado fruto. En este lapso de tiempo, entre fines de 1806 y comienzos de 1808 debió pintar Don Francisco Goya el retrato de Godoy que bajo el rótulo de «Un militar español» y en la venta por testamentaria del mobiliario de la viuda de un celeberrimo dramaturgo, fué subastado en el Hotel de ventas poco tiempo ha, sin que le valiese el figurar en el catálogo de la obra de «Goya» del Dr. Mayer y sin que la triple dedicataria que en español, en latín y en alemán, ésta última, sin duda atendiendo a la nacionalidad suiza de Pestalozzi, figura en el cuadro, iluminase las dudas de los expertos, que no lo fueron mucho en este caso.

El cuadro es obra admirable, aun siendo como es, retrato oficial, y por lo tanto, sometido a normas de sujeción que el temperamento fogoso de Goya debía sufrir malamente. El Príncipe de la Paz se nos muestra de cuerpo entero, de pie en una terraza que domina los otros términos de la pintura.

Está revestido con un coruscante uniforme de áureos bordados y galones, donde pequeñas anclas señalan que quien lo reviste es alta autoridad en la marina. Muchas cruces, cuyos metales trató Goya con su especial y donosa factura, las anchas sedas de varias bandas, el Toisón de Oro, pendiente de una roja cinta, la espada coquetamente guarnecida de borlas, hacen de aquel hombre una muestra de elegancia suntuaria y de riqueza cortesana. La mano izquierda sostiene un bastón de mando muy lucido y también un libro abierto, donde aparece el retrato de Pestalozzi en una página y en otra el letrero siguiente: «Educación Pública de Henrique Pestalozzi», así con H, falta ortográfica que hace pensar creyó Goya que el nombre de pila del insigne profesor se escribía a uso alemán, pues tal error lo repite al poner bajo el retrato del pedagogo: «H. Pestalozzi».

Ante Godoy hay una lápida blanca donde, como antes digo, se lee en español, en latín y en alemán el rótulo siguiente: «El Serenísimo Señor Príncipe de la Paz, Generalísimo y Almirante de España e Indias, restaurador de la Educación española», todo ello trazado con la limpieza pendolística de entonces y el acostumbrado uso de abreviaturas. Tras Godoy, un pétreo busto del rey Carlos IV avanza sobre el horizonte su naso borbónico, agudo y fuerte como el tajante de una nave. Godoy es tal y como lo describió Alcalá Galiano en sus recuerdos, al pintarlo de buena estatura, lleno de carnes, algo agobiado de espaldas y de rostro correcto y afable, un poco añiada la expresión y sin traza alguna de aquella energía que tan necesaria era entonces a los gobernantes europeos, para manejar sin zozobrar en las aguas revueltas de la agitada política internacional sobre la que pasaba, como un mortífero huracán, la constante inquietud napoleónica.

La diestra de Godoy señala con gesto elegante un bello pabellón clásico adornado de columnas y relieves y donde léese «La Educación de los Españoles», y que es, por decirlo así, la evocación simbólica de los pisos de las calles de San Bernardo y del Pez, donde se acomodó la enseñanza pestalozziana, seguramente menos decorativos que el templete trazado por Goya. Ante él se agrupan los escolares.

Esta reunión de muchachos es gratisima a los ojos y en ella despliega Goya todos sus dotes de gracia, de frescura delicada y de jugosa naturalidad. Ella sola hace del cuadro una obra admirable y maravillosa. Los chicos contemplan al Príncipe de la Paz con tierno pasmo y afectuosa admiración, cual se merecía quien se había desvelado por ellos. Conformes al método instructivo de Pestalozzi, traen en manos escuadras, martillos, pizarras, mapas, con los que trabajarán instruyéndose. Uno de los escolares, que tiene un rostro malicioso y algo golfesco, señala con la mano a Godoy y lo muestra a sus compañeros. Al fondo, donde verdean follajes, otros chicos recogen con entusiasmo las palmas del triunfo para, sin duda, arrojarlas al paso del restaurador de la educación. Poco tiempo después se lo llevó todo el adverso destino. Gracias a que de ello quedó este hermosísimo cuadro, que añade un lauro más a la corona del insigne maestro aragonés.

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

MARQUÉS DE LA TORREHERMOSA



Mensaje a la Falange Femenina

DICTO estas palabras entre afonías y toses, que no sé si vienen de la tráquea herida o de la rabia en que me enciendo contra una fatalidad, empeñada en apresarme lejos de vosotras, camaradas femeninas de la Falange, en ocasión en que, más yo aún que vosotras, había deseado una presencia y uno de esos diálogos por cuya virtud, sea cualquiera el número de las voces que se dejen oír, el aire se serena, como en la oda de Fray Luis de León, «y viste de hermosura y de luz». De luz, sobre todo, que es lo que ahora le urge, en cada capítulo, a España: para que el desbocado torrente de heroísmo donde se sublima no deje lógamos de confusión, en que se enfangue. En intento de canalizar la corriente de intervención femenina en la construcción nacional; en tarea de dilucidar algunas ideas que le sirvieron de oriente, hubiese yo hablado en Segovia, de no haber sido víctima del rigor de mi fortuna. Clavado por ésta, sólo puedo gritar a través del espacio, un doble alerta, cuya interpretación ha de quedar casi enteramente a vuestro cargo.

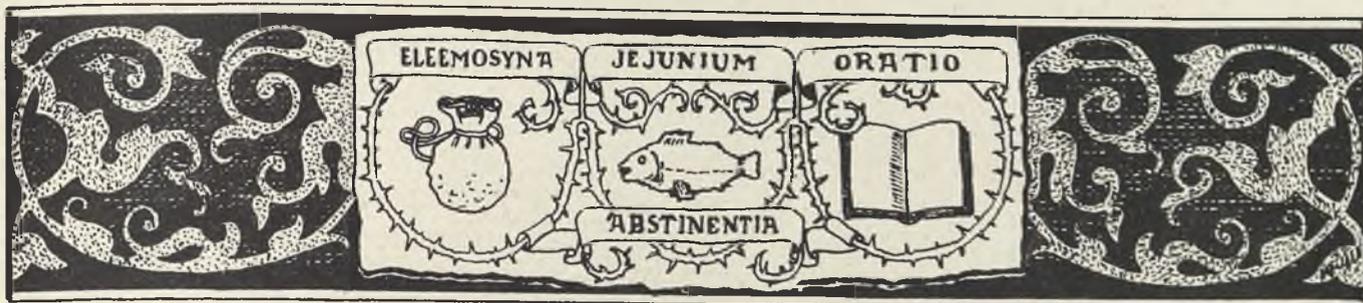
Alerta, en primer lugar, con las desviaciones hacia el que, en la hora precedente de la Cultura, se llamó feminismo; es decir, con el equívoco que consiste en buscar la excelencia ideal y activa de la mujer en el ejercicio y cultivo de los valores específicamente viriles. Y, al decir esto, no quiero rendir paria alguna a las oscuras condenaciones naturales y biológicas; ni siquiera pienso en las materializadas del sexo o en rutinas sociales. Si digo «feminismo», si digo «viril», entiendo permanecer aquí en el puro terreno de la Cultura, donde la feminidad se vuelve genérica, hasta los límites del «Ewig-Weibliche» goethiano, del «Eterno-Femenino», de la feminidad considerada como constante histórica, del «Eon» de la feminidad. Y lo mismo respecto de lo viril, para el cual queremos igualmente obtener un arquetipo sin anécdotas, un «Eon» de la Virilidad. En esos términos, ¿en qué consisten uno y otro?... Cuánto me hubiera complacido conducir sobre ello una investigación socrática con vosotras, en que la verdad hubiese ido amaneciendo lenta y cautivamente a nuestros ojos. Pero no puedo en las actuales circunstancias proceder sino por definiciones categóricas. Y decir: Femenino, en el vocabulario de la Ciencia de la Cultura, es *cuanto en la actividad del ser humano, tiene por fin inmediato otro ser humano*; viril, al revés, es, dentro del mismo lenguaje, *cuanto, en la actividad del ser humano, tiene por fin inmediato las cosas, los objetos, materiales o ideales, exteriores al ser humano y que subsisten independientemente de él...* Estas definiciones implican sendas tablas de valores, naturalmente. Repito que hoy me es preciso dejar a vuestro cuidado el establecerlas, el desarrollarlas. Como palabra de advertimiento, lanzada entre fiebres, y quizá recogida, al igual, entre fiebres, basta ésta: en vuestra intervención nacional, mujeres de la Falange, llegad hasta la cumbre, llegad al confín, en cuanto se refiera a la acción del ser humano por el ser humano; a esto que podemos llamar salvación, *soteriología*. Pero, ni un paso más allá: ni un devaneo dócil a la tentación de ultra-fronteras. En cuanto la intervención femenina se aplicase a *las cosas*, a la producción material o intelectual de riquezas o de valores, renacería la tragedia a que nos condenó ayer la sociedad demócrática; la tragedia cuyas manifestaciones agudas empezaron en la esclavitud femenina de las fábricas de Manchester y han culminado en la esclavitud femenina de la trinchera de las milicianas rojas.

El segundo alerta puede parecer no referirse más que a una cuestión de palabras. Pero, todos los creyentes en la substantividad de las formas (es decir, por lo menos, todos católicos), saben cuál es la realidad profunda del verbo, y, en la ocasión presente, yo no me atrevo a pleitear por un vocablo, preferible a mi juicio a otros de empleo corriente y que trascienden quizá demasiado a reles de sociología. Me refiero a la palabra, la magnífica palabra «Caridad»... No hay que temerla. Mi segunda alerta es cabalmente para deciros esto: que no hay que temer, que hay que emplear paladinamente, olvidando desconsideraciones del Ochocientos, la palabra «Caridad», aun como enseña o divisa; sin temor a que este empleo se vuelva ofensa; que no la hay cuando la aplicación es recíproca, como no la hay en el uso del término «Servicio», cuando cada cual se siente alternativamente dueño y señor. ¿Sabéis lo que quiere decir, etimológicamente, la palabra «Caridad»? Pues quiere decir nada más que esto, en toda su escalofriante sencillez: *Caricia*. Sí, Caridad significa caricia. El mendigo que en la esquina os pide una caridad pide, no el objeto o signo exterior de esta caridad, sino la ternura, el movimiento de sensibilidad que debe acompañarla: pide que le acaricies. Y vuestra caricia, vuestra ternura, vuestro lenitivo, hasta—¿por qué no decirlo?— el consuelo de vuestro contacto os pide, mujeres de España, todo el dolor de España, donde la vida siempre ha sido ruda, aumen las horas de la paz, aun en los fastos del Imperio; sobre todo, quizá, en los fastos del Imperio, cuya sequedad desvirtuó tal vez lo que hubiera ganado su grandeza. Y yo os digo que, si el Imperio de mañana no está asistido por vuestras caricias, no se unge a cada paso, en todas sus manifestaciones vitales, con vuestra Caridad; si en él las gentes se quieren tan poco; si se empujan mutuamente con tan feroz arrogancia; si no se dulcifica el vivir; si no se deja de hablar a gritos y con tan ásperas voces; si no se cultiva la hospitalidad, el halago social, la elegancia y policía de costumbres; si, en suma, el Imperio de mañana es otra vez un Imperio aldeano y bronco, éste fenecerá prontamente, víctima de su propia aridez. Que vuestra obra colectiva, pues, ya tan bienhechora, extreme en el bien hacer las virtudes de gracia. Y haga el bien, «mirando a quién», para quedarse en lo femenino. Y tendiendo *materialmente* la mano, para que todo nuestro pueblo gane en cortesía al contacto de la feminidad.

Todo esto y muchas cosas más hubiera querido deciros, si se hubiera realizado la anunciada conferencia. Pero ahora pienso que quizás las cosas van mejor así. Porque ya se dan muchas conferencias, y lo que quizá reclama nuestra necesidad más que conferencias son consignas. Unas cuantas consignas nos han quedado del Ausente, que no hablaba por definiciones, sino por órdenes, pues no era un filósofo, sino un capitán; y en ellas «nos movemos, vivimos y somos». Unas cuantas consignas, también, nos lanza el Caudillo de vez en cuando; y el permanecer fieles a las mismas constituye nuestro servicio y nuestro honor. Honor a él también. Honor y gloria a la España en que la Eterna feminidad brille, como ha brillado, en la vieja iconografía: a sus pies la Luna y bajo su planta, la serpiente.

EUGENIO D'ORS

DE LA REAL ACADEMIA



SEPTUAGÉSIMA

Si no acostumbras a oír misa con tu misalito, si no estás aún iniciada en las intimidades de la liturgia, tal vez te parezca bárbara esa palabra de Septuagésima, y si no bárbara, por lo menos, vacía de sentido. Cuando dices Navidad, surge en tu espíritu una idea más o menos clara; y algo entiendes también cuando te hablan del Adviento. Pero, ¿qué quiere decir ese otro término de Septuagésima? Necesitas saberlo para rezar y vivir en unión de nuestra Santa madre la Iglesia, y voy a explicártelo.

Al empezar el Adviento se abrió para nosotros el año litúrgico, y con el año litúrgico una serie de fiestas, un ciclo alegre y luminoso, que podemos resumir con aquellas palabras del prólogo del Evangelio de San Juan: «La luz brilla en las tinieblas.» Al principio nos hallábamos envueltos en la oscuridad del error, de la ignorancia, de la incertidumbre. Suspiramos por la verdad, la llamamos angustiosamente, la pedimos humildemente, y después de recibir la promesa de su venida, se nos presentó ella misma con toda su gracia inefable. Fué el ampo de la Concepción Inmaculada, la Nochebuena, las luminarias celestes sobre la gruta de Belén, los reverberos de las alas angélicas, la estrella de la Epifanía, y el brillo silencioso de las candelas místicas, que iluminan el camino de la Virgen Madre en el día de su purificación. Es el ciclo de la luz, todo ese conjunto de fiestas gozosas y luminosas, que se agrupan en torno a la de Navidad, cuando Cristo nace, cuando el sol reanuda sus ascensiones a través de los signos del zodiaco.

Viene luego la huída a Egipto y el silencio de la vida humilde en la casita oscura de Nazaret. La luz, que antes nos acariciaba y parecía satisfacer nuestras ansias supremas, se oculta para hacernos pensar en otra cosa más íntima y que nos duele más hondo, en la vida. ¿Qué nos importa la luz, si se contenta con iluminarnos? ¿No es acaso más grande nuestra necesidad? Sería cruel abrir a nuestros ojos un horizonte infinito, si nosotros íbamos a seguir hundidos en nuestra miseria; y de nada nos serviría averiguar el camino del reino, si el reino permanecía obstinadamente cerrado para nosotros. Luz, luz, pedíamos antes, y la luz se hizo. Pero ahora nuestro grito es más violento y desgarrador: Vida, vida.

A la misma luz, Cristo, se nos presenta transformado en vida, vida divina, que llega a nosotros por medio del Bautismo y de la Eucaristía; vida sobreabundante, que Cristo nos merece con el precio infinito de su sangre. Y henos aquí en otra parte del año litúrgico, en un segundo ciclo, cuyo motivo fundamental es la vida, la vida por la muerte, la realización emocionante de este anhelo irrefrenable de vida, que llevamos dentro del alma nosotros, seres de un día, apesadumbrados al ver cómo se gastan nuestras fuerzas, cómo se marchitan nuestras ilusiones, y cómo se desvanecen nuestras alegrías, a semejanza de los pétalos que van desprendiéndose de la rosa. Es el ciclo pascual, que nos viste de inmortalidad, que nos garantiza la juventud perenne, que pone en nuestras manos, trémulas de emoción, el tesoro de la rosa inmarcesible.

Navidad es la luz, Pascua es la vida; puntos céntricos de dos ciclos diferentes, pero no contrarios. La alegría de Navidad anuncia el júbilo triunfal de la Pascua, como la luz anuncia el estallido jubiloso de la vida; y la Encarnación es la condición necesaria de la Redención. Pero la Redención supone en nosotros la conciencia de nuestra miseria, el conocimiento de nuestra esclavitud, y el dolor de nuestros pecados; y esta es la nube sombría que súbitamente se extiende

sobre nuestras cabezas, eclipsando la estrella de los Reyes Magos y apagando las luces de la Candelaria. La irrupción de la vida sólo aprovechará a aquellos que tengan preparadas sus almas para recibirla, y esta preparación exige una purificación larga y silenciosa, que se parece mucho a la transformación que se realiza en el grano bajo la tierra, antes de que la planta asome su cabecita a la gloria del sol. Tiempo de maceración, de tristeza y de silencio. El Adviento fué una época de expectación alegre, en la que la alegría y la esperanza aumentaban conforme nos íbamos acercando a la revelación de la Nochebuena; ahora el paisaje se hace cada vez más sombrío, la congoja más profunda y más fuerte la tensión del espíritu hasta que llega la explosión súbita de la vida, que salta del seno mismo de la muerte. Son tres etapas de tristeza cada vez más intensa, que terminan con desenlace inesperado.

La primera de esas etapas, es la Septuagésima; tres semanas de transición entre las luminarias de Epifanía y las austeridades cuaresmales. Hay un cambio brusco de sentimientos y de ideas en los textos de la misa. Hasta el color cambia—el blanco cede el puesto al morado—y las mismas melodías pierden su aire de júbilo ingenuo y vibrante. Hijos de un siglo, en que la fe es tan poco curiosa como operante, apenas nos fijamos en estos pormenores, que impresionaban vivamente a los cristianos de estas edades. Apenas nos damos cuenta de otro detalle, que es un acontecimiento en el año litúrgico: ya no se canta el *Alleluia*. El Rey Divino, que hace su entrada en el momento del Evangelio, no es ya saludado con ese canto de victoria, que el vidente de Patmos oyó resonar «en las plazas de la Jerusalén celeste con el murmullo de las grandes aguas y con el fragor de truenos imponentes».

Pero no es tiempo de pensar en cantos de regocijo, ni nuestros labios manchados se atreverían a pronunciar el pean de la bienaventuranza, cuando el espectro del dolor se levanta ante nosotros. ¿Cómo cantaremos el canto del Señor en una tierra enemiga?, decimos como los cautivos de Babilonia. Y la Iglesia nos recuerda los orígenes sombríos de nuestra raza. Primero la amenaza del Señor a Adán: «El día en que toques el fruto del árbol que está en medio del paraíso, morirás». Es la aparición del pecado. Después las palabras animadoras del Diluvio: «El fin de toda carne ha llegado delante de mí». Es una de las consecuencias del pecado. Y finalmente la orden dirigida a Abraham: «Toma a tu hijo y ofrécele en holocausto sobre la cima del monte». Es el sacrificio que puede detener la venganza divina. Y así los tres grandes patriarcas de los primeros tiempos de la humanidad como testigo de las catástrofes pasadas y como precursores de los bienes futuros. Adán, autor del pecado, es también la figura del segundo jefe de los hombres, de Cristo; Noé, salvado del Diluvio, simboliza la familia humana redimida por las aguas del bautismo en el arca de la Iglesia, y en Abraham presentimos el sacrificio del Calvario. Y cuando nuestro espíritu parece dudar impresionado por la aparición de estas grandes figuras de la humanidad primitiva, oímos la voz del mismo Cristo, que nos habla del sembrador misterioso de su campo y nos invita a acudir a su viña, indicando que el trabajo interior es el rasgo característico de estas semanas de Septuagésima, vestíbulo austero por el que se entra en la oscura avenida de la Cuaresma.

P. Justo PEREZ DE URBEL.

Romance

de la novia muerta

Junto a la ventana humilde
de bohardilla madrileña,
me acuerdo... Yo te miraba,
tú me bordabás las flechas.

Y ahora no sé donde estás.
Y ahora no sé si me esperas.
Y ahora no sé si estás viva
o estás muerta.

Porque el tiempo nos separa
y el recuerdo nos acerca.
Porque no sé si tu cuerpo
se está entregando a la tierra.
Porque no sé si tu alma
borda rubís en su estrella.
Porque no sé si estás viva,
o estás muerta.

Porque no sé lo que he hecho
para sufrir esta pena.
Quiero estar solo conmigo
paladeando mi tristeza
y emborracharme con lágrimas.
Espérame en las estrellas.

Me acuerdo... Yo te miraba...
tú me bordabas las flechas.

CARLOS HERNÁNDEZ DE VELASCO



D.C

futuras madres

*Qué bonita está una parra
con los racimos colgando.
Más bonita está una niña
de catorce a quince años.*

La futura madre ha pasado desde su infancia con todos sus cuidados y desvelos, que suponemos aplicados dentro de la más correcta higiene infantil, al estado de cereza madura; es el capullo que se abre a la vida y que tiene una manifestación externa y visible con la aparición de las primeras flores rojas.

el que en este momento la niña esté vigilada y cuidada en el aspecto tanto material como moral, para que una desviación de la normalidad no tenga como consecuencia ningún defecto para el niño que un día vendrá al mundo.

Estos cuidados se han de referir, en primer término, a los lugares que por su edad frecuenta más la niña: la Escuela, en donde una bien orga-



Pero no es este fenómeno lo que caracteriza a la jovencita de la clásica petenera, sino toda una serie de fenómenos que se verifican dentro del torrente sanguíneo, en el espesor mismo de los tejidos que constituyen unos órganos glandulares de complejísima función y que son los órganos de secreción interna. Estos órganos elaboran unas sustancias que en lugar de salir al exterior (como por ejemplo, la saliva segregada por las glándulas salivares), se vierten en el torrente sanguíneo que las hace circular por todo el cuerpo y pone, por tanto, en comunicación estas sustancias, llamadas hormonas, entre sí, en una perfecta correlación funcional, es decir, que existen algunas glándulas, como el ovario, que no tienen ni pueden tener un perfecto funcionamiento, si no es mediante el estímulo que le produce la hormona, elaborada por el lóbulo anterior de la hipófisis, y a su vez el útero o matriz no desprende su mucosa con la hemorragia aparente periódica y mensual, sino como consecuencia de la hormona fabricada por el ovario.

Es este un mecanismo tan delicado, que la falta o defecto funcional de un órgano cualquiera, repercute indefectiblemente sobre todos los demás; pues bien, todo este mecanismo se inaugura al implantarse la actividad genital de la niña, en la pubertad, es decir, en las necesidades de los catorce años.

Por tanto, no es de extrañar la importancia que tiene

nizada higiene escolar cuidará de los locales para que no enfermen los pulmones de la niña, que en esta edad tan susceptibles son de adquirir enfermedades tan terribles como la tuberculosis.

Se ha de vigilar mucho su alimentación, que habrá de ser sana y abundante, eligiendo los alimentos que, además de un predominio en calcio y hierro, lleven las vitaminas que tan importantes son, si hemos de evitar las enfermedades por carencia.

Los vestidos amplios, higiénicos, modernos de tipo deportivo, los zapatos cómodos y de tacón bajo y los abrigos moderados, que no impidan a la niña la respiración amplia y la transpiración suficiente.

La higiene íntima con sus baños locales diarios y sus duchas también a diario, y el baño general al menos una vez a la semana.

DR. LUQUE

De la Real Academia de Medicina



BLUSAS

Pasamos en este momento por uno de esos períodos transitorios de los cuales puede decirse que no hay moda definida. Las grandes casas laboran en silencio, afanosamente, preparando sus colecciones de primavera. Buscan, estudian, se orientan hacia las tendencias que han de presidir los rasgos principales de estas nuevas colecciones. Renovación. Renovación siempre, constante, incesante. La primavera se acerca. Una primavera más; unas nuevas colecciones más. Y una renovación más, todavía, de la naturaleza y de la moda. Pero si las hojas renacen sobre el mismo modelo, que siempre parece nuevo, tan fresco es su verdor, los modelos de costura presentan ese milagro anual de renovar enteramente líneas, telas, colores. Y esta moda primaveral que nos espera en las puertas de la nueva estación no puede encerrarse en la breve definición de una fórmula. Es diversa, múltiple en sus diferentes aspectos, opuesta a sí misma en muchos puntos, casi podría decirse dotada de un espíritu de contradicción. Así, nada de influencia alguna dominante, nada de silueta única. Inspiraciones, ideas distintas que van muchas veces hasta el contraste. Tomemos, por ejemplo, las blusas, que representan una tendencia muy fuerte de la moda. Blusas a todas horas. Mañana, tarde, noche. Pero blusas nuevas y distintas siempre. Diferentes tipos de blusas son tratados por las diversas casas con pleno éxito, y nos dan siluetas y líneas siempre acertadas y encantadoras. Con los trajes de sport y mañana, pocas fantasías son admitidas. Se prefiere la clásica blusa camisero, pero de líneas menos masculinas que en temporadas anteriores, interpretado muchas veces en punto de lana muy fino, a cuadros, y otras, en seda estampada de florecitas multicolores, de inspiración tirolesa. Para los trajes de tarde, se admite más variación. Se hacen cortas o largas, siguiendo a veces la línea de la chaqueta, estampadas, de color liso, en crespón de seda, en muselina de lana. Son preciosas las de cachemira, con dibujos javaneses. Las blusas de noche, alcanzan todo su esplendor. Se indica el satín brillante, con motivos de *pailletes*, encajes laqueados, tules, las telas más suntuosas.

Para la silueta en general, dos tendencias se imponen. Dos líneas entre sí, bien diferentes y que marcan un verdadero contraste. La línea *sweater* y la línea *bolero*. Las dos tendrán, seguramente, gran éxito. En la línea *sweater*, la falda admite cierta amplitud. En la línea *bolero*, por el contrario, la falda estrecha continúa la silueta bien modelada del talle.

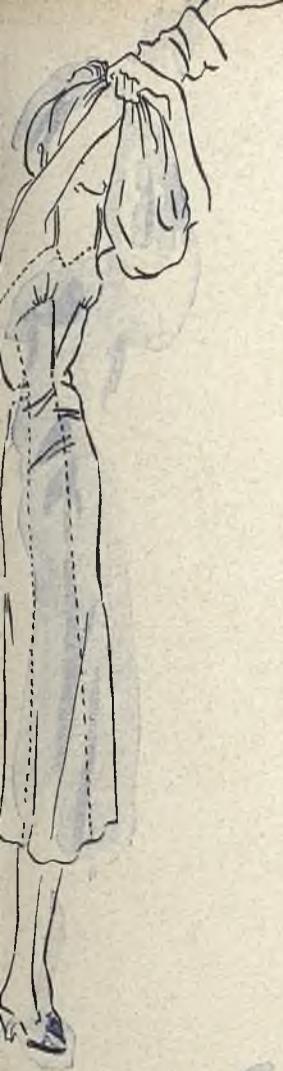
Los tejidos que se anuncian tienen un gran interés. Flojos y adaptables, los que van a ser utilizados para los vestidos sencillos, las *petites-robés*, sin importancia visible, se destacan por el número y brío de sus colores vivos e inesperados: malvas, rosas muy vivos, verde-azulados, amarillos dorados. Para los trajes de sastre, las telas empleadas admiten más variedad todavía: *tweeds*, con puntitos de color, franelas rayadas a cuadros o rayadas simplemente. Un tono es obtenido por el conjunto de otros dos; otras veces, dos tejidos diferentes son utilizados para la falda y la chaqueta; uno en mezclilla, el otro a grandes cuadros escoceses o finas rayas entrecruzadas. Los fondos son en tonos suaves y agradables: reseda, teja, azulado, verde bronceado, té; las rayas, de tonos más fuertes: fambuesa, castaño, verde, violeta.

Así, el carácter netamente definido de los tejidos, contribuye a acentuar los contrastes, en los cuales se complace la moda, que pone en esta diversidad, la riqueza de ideas y el atractivo que con toda seguridad nos seduce.

M. T.



azul a través de las novias.





TEODORO
DELGADO



FLORICULTURA DEL HOGAR

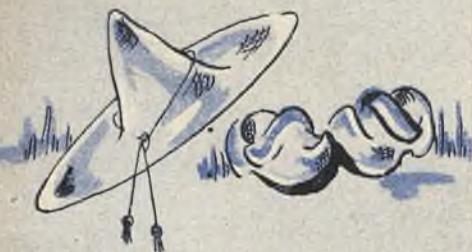
UN perfeccionamiento en la floricultura casera reportará como consecuencia inherente al éxito más o menos completo, una mayor difusión y comprensión de lo que los vegetales de ornamento representan, como base formativa de una conciencia jardinera que, en realidad, puede decirse que no existe o se manifiesta sólo en casos aislados en nuestro país. Es uno de los cimientos, aunque a primera vista parezca detalle nimio, para la formación del espíritu preciso para el engrandecimiento de la floricultura y jardinería patrias.

A este objeto, recuerdo una conversación sostenida con el jefe de los servicios municipales de plantaciones de Bruselas, Mr. Buysens, el gran creador del parque y jardines de la Exposición Universal celebrada en 1935 en aquella ciudad, que constituyeron atracción singular del Certamen.

Al hablarle del respeto, cuidado y cariño con los que el ciudadano *bruxellois* trata las espléndidas plantaciones de la villa me dijo:

«Esta ha sido una labor de hace relativamente pocos años. Yo juzgué que lo más interesante era crear en los niños la verdadera conciencia de lo que representan en nuestra vida los vegetales de ornamento, y para ello distribuyo anualmente miles de plantas, recién salidas de los semilleros municipales, entre los alumnos de las Escuelas y colegios de la capital. Todos los maestros tienen el deber de dedicar diariamente unos minutos, muy pocos, a la explicación del modo más llano posible, a sus alumnos, de lo que en sí es el vegetal, su vida, y bienes que reporta, teniendo cada pequeño a su cargo un tiesto que cuida asiduamente, y de cuyo desarrollo en un ciclo completo de vegetación es el único responsable, dándose premios a los que lo logren con mayor éxito. De este modo, se ha logrado que estos pequeños, antiguos enemigos, durante sus paseos y juegos, de las plantas, se conviertan en mis mejores colaboradores en la defensa de las plantaciones. Además, no hay que olvidar que son los hombres del mañana»

El mismo parecer y el mismo espíritu animaba a un viejo maestro de Navalcarnero, cuyo nombre siento no recordar, que en 1935 me exponía la labor realizada por sus escolares



en un pequeño jardín adyacente a la escuela municipal. Cada niño tenía asignado un árbol o arbusto, que cuidaba todo el año en las horas libres. El maestro esperaba, con fe admirable, una transformación en el futuro en los sentimientos de sus muchachos.

Pasos firmes en jardinería sólo se darán cuando se haya formado esa conciencia de que hablamos, que a través de estas líneas abiertas al aficionado, hemos de crear y avivar como propagandistas incansables del vegetal y del jardín.

Que el tiesto y la planta ornamental sean punto de concentración de los cuidados femeninos en la vivienda, en toda clase de hogares, modestos y acomodados, es la cima de esta obra que emprendemos, y para cuya consecución juzgo necesarias dos condiciones: 1.º Que en los hogares se sepa lo que es el vegetal, no siendo inasequibles a las dueñas de casa ni la botánica ni la floricultura, y 2.º Que las especies ornamentales de tiesto no sean intrusos arrinconados en los domicilios, sino base de decoración de interiores y exteriores. Nadie se extraña ante esta última aspiración, suponiéndola suficientemente cumplida en los últimos tiempos. Su cumplimiento ha sido imperfecto, sujeto casi de modo exclusivo a la moda.

Dos trayectorias hay que recorrer y recorreremos en las páginas doctrinales de «Y», conducentes, como veremos, a situar al vegetal en su auténtico puesto en la vida ciudadana.

Iniciamos hoy la primera sin más divagación que la precisa, fieles a nuestro estilo:

Nos referimos en esta iniciación, a las especies que como las Petunias, Begonias, Pensamientos, Mímulos y Calceolarias, por citar ejemplos, se reproducen ordinariamente por semilla.

Dos puntos han de fijar nuestra atención: la siembra y el trasplante. ¿Qué necesita la semilla? Con correlación y sucesión variables. Calor, humedad, aire, luz... La plantita, ya nacida, precisa además, luz y materias nutritivas para entrar ya, cerrada la primera fase de crecimiento, en su desarrollo y cumplimiento normal y total de su ciclo de vegetación.

Como base para el éxito hay que darse perfecta cuenta que el vegetal, como ser vivo, respira y asimila, procesos que inevitablemente han de verificarse en el individuo-planta, para que pueda sostenerse en buen estado de equilibrio y realice las funciones que tiene asignadas. Tenemos un organismo latente en la semilla hasta que al proporcionarle la temperatura y humedad adecuadas, hacemos que se verifique el fenómeno del nacimiento de la planta.

La siembra consiste en esto precisamente, y por ello en un tiesto o terrina o cajón que se ha rellenado en una tercera parte de su altura con guijarro o pedazos de tiesto roto, colocando encima arena, que es el material mejor para esta operación, por la facilidad con que se deja pasar el agua, sin producirse en ningún caso los estancamientos, origen siempre de podredumbres, se coloca la semilla a una profundidad que depende de su tamaño, no debiendo nunca ser mayor que éste. Así, en el caso de semillas di-

minutas, como las de Begonia, se echan por encima de la superficie alisada de arena sin cubrirlas en absoluto; las semillas un poco mayores se cubren ligeramente con una capa de arena, y las de tamaño mayor, con una capa aproximadamente igual a su tamaño. Temperatura: los primeros días, hasta nacimiento 20º a 25º y humedad constante, fácil de conservar cubriendo el tiesto o terrina con un vidrio.

Trascurrido un número de días que es variable, según las especies, aparecen las primeras hojitas, y poco después está en condiciones de ser trasplantada.

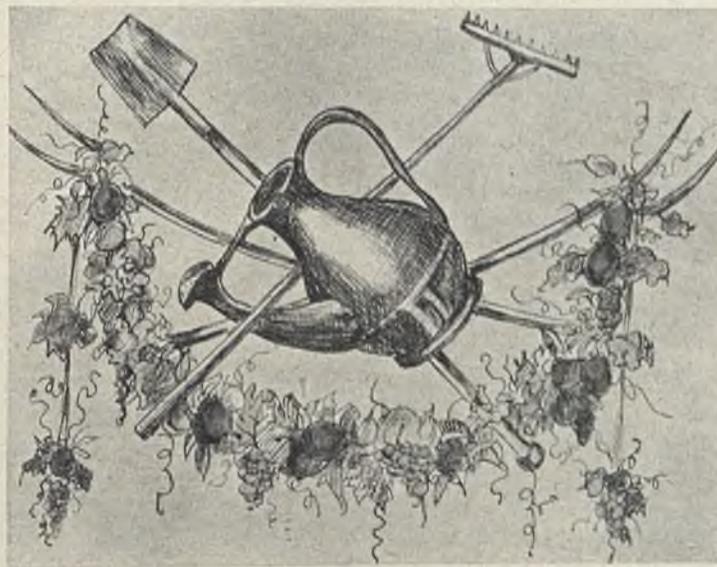
Esta operación, aunque puede retrasarse algo, conviene hacerla a punto, pues al no tener la arena elementos nutritivos, la asimilación de éstos que ya es necesaria a la planta, no puede realizarse, y precisa que la mezcla de tierra en que siga desarrollándose tenga otra composición.

La luz y las materias nutritivas se proporcionan de aquí en adelante, en la cuantía más adecuada, variable también con la especie, ya que éstas desde su primera edad muestran preferencias y en muchos casos llegan a exigir iluminación y nutrición especial y característica. Conocida es la preferencia de situaciones soleadas por parte de petunias y geranios y las sombreadas por violetas y ciclámenes.

Quando la planta tiene ya tres o cuatro hojas se trasplanta a tiesto, con atención a sus tenues raicillas que no deben romperse en ningún caso, y a una mezcla de tierra que como tipo puede estar formada por mitad tierra de jardín y mitad arena, y posteriormente, ya a tiesto normal, con mezcla que típicamente puede ser: un tercio de arena, un tercio de tierra de jardín y un tercio de mantillo.

Los trasplantes de plantas adultas, es decir, del segundo en adelante, requieren especial atención. Se trata de proporcionar tierra nueva, más rica que la que deja el vegetal y de que sus raíces encuentren expansión. Producir el menor daño posible a éstas y a la planta en general, ha de ser base de la mayor atención, al realizar la operación que manualmente consiste en sujetar la planta contra el tiesto, por medio de la mano derecha colocada hacia abajo, apoyada en él, dejando salir el vegetal entre el dedo índice y el corazón, y volcar el conjunto con la otra mano del mismo modo que se saca un flan. Un pequeño golpe del borde del tiesto sobre la mesa de trabajo, produce la separación de la planta acompañada del cepellón o conjunto de tierra junta a la misma, en conjunto sólido. Previamente, se habrá preparado el otro tiesto, de mayor tamaño, con algo de tierra de la nueva mezcla, de modo que permita la colocación inmediata del cepellón y planta sobre ella, completando la operación con el relleno necesario y apretando el conjunto con ambas manos, de modo que no queden huecos, sin que tampoco se apelmace en exceso la tierra de la superficie, cuya porosidad es necesaria siempre. Un riego, es el complemento obligado a toda operación que pueda producir alteración en el normal intercambio que se realiza de modo constante en el vegetal.

Gabriel BORNAS





hogar, para evitar que la unidad fraterna de todas las mujeres de España, dentro de la Falange, pueda resquebrajarse por los ataques cautos de la calumnia y de la insidia.»

Ha sonado el primer disparo que enciende valles, llanos y cumbreres, campos y ciudades de la Patria, con los ecos de la guerra. Y desde el Pirineo al Estrecho, desde la frontera sin mar hasta el mar sin fronteras, fusiles y brazos en alto dibujan sobre el cielo las armas y el ademán de la cruzada libertadora. ¡ARRIBA ESPAÑA! Se levanta el avión de Franco desde Ca-

SERENIDAD

SE reunieron las camaradas de la Sección Femenina de la Falange en aquella sesión de clausura — que será histórica — de su Congreso de Segovia. Y allí, entre las piedras viejas de los viejos muros de la antigua iglesia de San Quirce, sus rostros frescos y juveniles, el limpio y estirado azul de sus camisas, estranaban un alba de imperio en el solar de la más rancia y y recia unidad de España.

El vibrar sonoro de las campanadas de la Catedral, con sus ecos de bronce, resonaba en el interior de la bóveda de San Quirce, casi con la misma intensidad que el estridor celeste de los aeroplanos que por el cielo segoviano pasaban.

En ese aire, estremecido de católicas campanas y de motores de aviación, habló nuestro Secretario General, Raimundo Fernández Cuesta, a las mujeres de la Falange, a las mujeres de nuestra nueva y futura y eterna España. Como en el comentario que el juglar ponía al romance histórico, «bien oíréis lo que decía».

«Volveréis al pueblo y a la provincia de vuestra procedencia, para poner en práctica cuanto habéis acordado y para difundir las enseñanzas que aquí habéis adquirido. Volveréis a dar pan al hambriento en vuestro comedores, auxilio y consuelo a los heridos en frentes y hospitales, volveréis a vuestras tarcas de lavaderos, al campo y la ciudad... A vosotras, mujeres de la Falange, os corresponde también la tarea callada y silenciosa de ampararla, de ser vestales de su culto, sacerdotisas de su fuego sagrado en la casa y en el

narias a Marruecos. ¡ARRIBA ESPAÑA! La mocedad esforzada y el Ejército se ponen en pie y en marcha hacia las líneas de combate. ¡ARRIBA ESPAÑA! Se funde en el crisol de Burgos el oro de la dádiva. Y la tierra comienza a empaparse con la sangre generosa de los héroes. Y brotan los primeros laureles de la victoria.

La mujer española, a quien el aire de los tiempos nuevos incorporó en zonas juveniles al ritmo dinámico de la vida moderna, pero sin borrar en ella las virtudes tradicionales que fueron, son y serán su más pura gracia, la mujer española ¿qué hace al sonar el estallido inicial de la contienda que van a reñir por Dios y por España los hombres, sus hermanos y camaradas? No se recoge amilanada y estremecida en el interior de su morada. No se recluye en la soledad pusilánime de quien se desentiende del fragor que sacuden las almas viriles de su pueblo o se relaciona con él de un modo simplemente contemplativo. Antes al contrario, venciendo su natural timidez y en muchos casos sentimientos entrañables que le son muy caros, sale a la calle, al desafío de la luz y de las miradas y del trabajo duro para el que se la reclama.

Desde el primer momento de la guerra — los nombres rectores están en el pensamiento de todos — comienza a funcionar las Secciones Femeninas de lo que es ya única organización nacional. La mujer se viste con el color entero, serio y proletario, que dijo José Antonio, de nuestras camisas.

Y de un modo, que es exponente admirable de tales entereza, seriedad y trabajo, empieza a laborar por la causa, con todo el amor de su sensibilidad exquisita y con un tesón superior al que les permiten sus manos físicamente débiles.

Trabaja la mujer en el Auxilio Social, la obra de ayuda al desvalido que simboliza el dragón del hambre, del frío, de la miseria y del mal, con las fauces heridas por el arma de esa Institución que inscribe en el azul de sus letras el cartel de la victoria. Trabaja la mujer en los hospitales, manos floridas en la albura del uniforme de las enfermeras; celo y cuidado impagables a la cabecera del lecho de los heridos y en torno a las mesas operatorias, en donde la ciencia gana batallas a la muerte. Trabaja la mujer en los improvisados y gratuitos obradores, donde las máquinas de coser pico-tean y cantan incansables sobre las piezas de tela y de lienzo o donde las agujas van y vienen con trémulos brillos de plata, en las largas puntadas de la costura. En los refugios y albergues donde se atiende a los náufragos del huracán desatado por la revolución y la guerra y se pronuncian las primeras palabras de gratitud por la salvación. Y en las tareas todas de la segunda línea — faenas labriegas en el campo, oficina, fábrica, taller en la ciudad.

Los rudos brazos de los hombres faltan, pero allí hay, para que ni el trabajo ni la vida, ni el triunfo de vida y trabajo se interrumpan, guardia vigilante y milicia férvida de mujeres vistiendo el azul entero, serio y proletario. Mujeres sobrepuestas a su ternura y a su terneza, vencedoras de su debilidad y de su timidez. Porque la sombra gloriosa de un yugo y unas flechas, que otra mujer enlazó para siempre, está señalándolas el camino y la apostura que cumple a esta

victoriosas al paso de la Paz, que por una honda razón es alegre en el espíritu y en la letra de nuestro himno, la escuela heroica en la que se educaron y templaron estos espíritus de nuestras juventudes femeninas no ha de servirles sino de fecunda y gloriosa enseñanza.

Disciplina y sacrificio fueron, son y serán los módulos de una norma a la que en todo momento es preciso ajustarse y de una función que en cualquier instante tiene señalado su exacto cumplimiento. Obedientes a esa disciplina, conscientes del deber que les corresponde, primero en la guerra y más tarde en la paz constructora de restablecedores equilibrios, las mujeres de la Falange saben, de manera perfecta, lo que han de hacer. Y, del mismo modo, lo que no les incumbe.

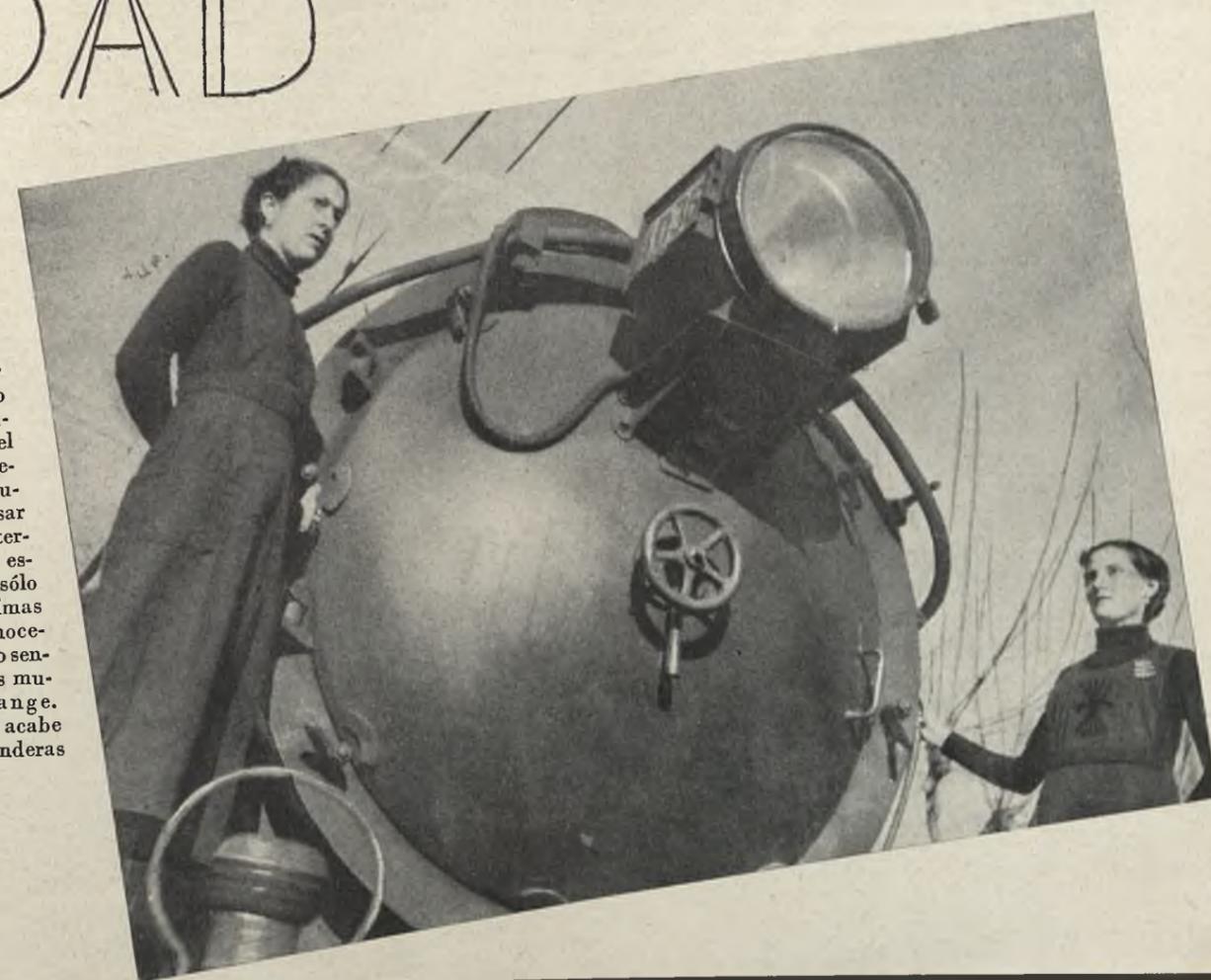
«No queremos que las mujeres sean meras destinatarias de piropos ni de galanterías, ni tampoco queremos que sean aspirantes a cargos que sólo los hombres pueden desempeñar; sino que cumplan a la perfección su magnífico destino de mujeres como esposas, como madres, como hijas, con equilibrio armónico de todas las facultades y de todas las virtudes inherentes a su femineidad.»

¡Cómo no! Si conforme dijo José Antonio y recordó oportunamente Raimundo Fernández Cuesta, la abnegación, principal virtud de la Falange, es virtud de sus mujeres. De sus mujeres sobre cuyas frentes brilla la pura luz diamantina de la serenidad.

Alfredo MARQUERIE

exigencia difícil, necesaria, de la lucha por España.

¿Y después? Yo he visto apuntar en más de un ceño interrogante la duda que sobrecoge el ánimo con una indecisa visión del futuro. Hay que recusar con una actitud terminante y decisiva estas zozobras que sólo pueden nacer en almas cobardes o desconocedoras del verdadero sentir y pensar de las mujeres de la Falange. Cuando la guerra acabe y vuelvan las banderas



Los Niños



QUE los niños aprendan música, qué tontería. Para qué hacerles perder su tiempo teniendo tantas cosas útiles que estudiar. La música no es necesaria; siempre recuerdo con espanto las horas que me hizo perder mi madre cuando quiso que estudiara el piano con aquella profesora tan fea y tan antipática; qué lata, qué fastidio. Esto, poco más o menos, dicen casi todas las mujeres españolas hasta

ahora, y tienen razón. No la tienen, sin embargo, si afirman que es una tontería que los pequeños, en el momento de su formación lleguen a saber que existe una manifestación de la belleza—la música—capaz de proporcionarnos algún momento de dicha. Para eso no tienen que estudiar música, eso ya vendrá después para el que demuestre aptitud; basta que oigan buena música, bien seleccionada, para que conozcan su existencia, se les forme el gusto y sientan luego la necesidad de escucharla o, por lo menos, el respeto.

La música en España nunca fué atendida. Si en nuestra Patria han salido compositores geniales cuyas melodías han cruzado el mundo entero, si han surgido maravillosos ejecutantes que llevaron el nombre de nuestro país a los lugares más lejanos del universo, no ha sido, ciertamente, porque en España cuidara el Estado o la iniciativa particular de crear el clima propicio para este cultivo, sino por esa cualidad extraordinaria de nuestra raza que por instinto baila y canta desde que nace y que, por instinto también, ha creado el folklore más rico e interesante que se conoce: nuestras canciones, nuestras poesías populares, tienen el sabor y el aroma de una fruta o una flor silvestre.

En España, hasta ahora —y hay que decirlo con tristeza— el nivel medio de cultura musical es de los más bajos de Europa; a tal punto, que esos compositores y ejecutantes

maravillosos a que antes me he referido vivieron aquí de precario, no fueron comprendidos y la gloria, la fama y el bienestar lo encontraron en países extraños, donde había un gran núcleo de gente preparada para apreciar sus méritos. No éstos sólo: sin duda son muchos los españoles que no pudieron desarrollar una aptitud sobresaliente para este arte, bien porque jamás conocieron su existencia, bien porque, decepcionados o aburridos al no encontrar apoyo o estímulo, abandonaron su estudio o se refugiaron en la enseñanza, en el cuarteto triste de un café, o en la orquesta de un salón de baile, para la cual componían piecitas sin importancia, tangos, chotis y demás música que bien pudiéramos llamar pornográfica. A cuántos de estos he conocido, desgraciadamente. Cuánto buen músico malgrado o no nacido en España.

A esta vergüenza hay que ponerla remedio y remedio urgente. No hay que olvidar que cuando un pueblo llega a su mayor apogeo es cuando el arte está en él en su mayor florecimiento. Recordemos que en nuestro Siglo de Oro, en el gran momento de España, los vihuelistas y polifonistas españoles llevaban un siglo de adelanto a los de todos los demás pueblos.

Pues bien, para que de nuevo en España florezca la música, hay que crear ese núcleo grande de españoles a los que interese y guste este arte; que una vez creado, todo lo demás será fácil. En la empresa podéis hacer mucho vosotras, madres y mujeres españolas. ¿Con quién? Con los niños, con las nuevas generaciones. ¿Cómo? Muy sencillamente, haciéndoles oír música desde ese momento en que su cerebro es de cera para impresiones y de diamante para conservarlas, pero a condición de que la música que oigan sea, sobre todo, buena música, lo mejor de lo mejor, para no estragar el gusto.

Me diréis: bien, pero ¿qué hemos de hacer para que oigan buena música? Ahora es bien sencillo. Ojalá hubiéramos tenido en nuestra niñez todos los medios de divulgación que hoy existen al alcance de la economía más modesta. Si yo

Y LA MÚSICA

os dijera que debo mi pasión por la música, y todos los instantes de dicha pasados en la vida con esta sana afición, a una pianola: mi padre compró una pianola (una de las primeras que hubo en Madrid) y una gran cantidad de rollos de los mejores compositores conocidos. Entonces tenía apenas cuatro años, y al mismo tiempo que aprendí las primeras palabras de nuestro hermosísimo idioma, con la misma facilidad capté las mejores melodías de Bethoven o de Schubert, etcétera... Al poco tiempo aquéllo comenzó a interesarme, y cuando tenía ya estatura para poder tocar la pianola, lo hice con la pretensión de interpretar, y de ahí pasé a estudiar seriamente la música y a ser admitido, a los ocho años, como miembro de la Sociedad Filarmónica de Madrid con dispensa de edad. Ahora es fácil hacer que los niños oigan música: la radio, el cine sonoro, los gramófonos están al alcance de todo el mundo. No hay que tener más que un cuidado: SELECCIONAR lo que han de oír, de la misma manera que se cuida de lo que han de leer. Hay cierta música que, por lo chabacana, es pernicioso y estraga el gusto. Si desde el principio oyen lo mejor de lo mejor, por comparación rechazarán esa música mala, falsa, pernicioso, a que antes aludo.

No es posible consignar en esta líneas una lista completa y gradual de las obras que deben conocer los niños, pero, en líneas generales, pueden señalarse las siguientes: todas las canciones tipo (y donde digo canciones añado poesía) del cancionero español; los lieder fundamentales de los grandes músicos universales (Schubert, Schuman, Brahms, Hugo Wolf, Straus, los del siglo xvii franceses e italianos, los clásicos, etc.), a poder ser traducidos al castellano por nuestros mejores poetas y cantados, también por los mejores, para que aprendan estilo; una selección bien cuidada, por último, de las óperas, sonatas, sinfonías, y cuartetos, comenzando, como es natural, por lo más sencillo.

De esta forma, no tendrá duda de que al llegar a los diez años la mayor parte de los niños españoles habrán adquirido la convicción de que la música es una cosa bella, agradable, que procura ratos de buena dicha, y los nombres y las melo-

días de los grandes compositores les serán familiares. Todo esto lo habrán conseguido sin el menor esfuerzo y sin haber robado un solo minuto a los demás estudios.

Claro que a vuestros esfuerzos para iniciar a los niños en la música han de unirse los del Estado en las escuelas de primera enseñanza. Ha de ser en el mismo sentido de selección y depuración del gusto, pero ampliando. La ampliación debe ser a los primeros fundamentos de la música; los coros (buena escuela de disciplina) y canciones en los recreos, durante los juegos, elegidas escrupulosamente, con prohibición absoluta de iniciativa alguna por parte del maestro en cuanto al repertorio que debe enseñar. Aquella maravillosa escuela de la película «Vuelan mis canciones» es un buen ejemplo para imitar.

A los pocos años habrá en España un grupo numerosísimo de buenos gustadores de la música y se habrá creado ese clima en el que pueden vivir y crearse esos maravillosos compositores e instrumentistas, sin la vergüenza de verse obligados a emigrar, y llegará, como siempre, al mismo tiempo que una época de nuevo florecimiento de la música Española, el de esta querida España que ya es.

Terminaré estas líneas haciendo la misma cita que Gonzalo Torrente Ballester hace al final de su maravilloso trabajo sobre «Razón y ser de la Dramática futura» en el último número de «Jerarquía», porque viene muy a pelo refiriéndolo a la música. La cita es de Moritz Geiger, y dice: la acción profunda del arte está, no en producir placer, ni siquiera goce estético del mejor calibre, sino algo superior: la acción profunda del arte HACE DICHOSO.

Y añade Gonzalo Torrente Ballester: «Si por la música va a encontrar el hombre un poco de felicidad, merece, yo creo, una parte considerable de vuestra atención y cuidado. De vuestra mejor atención: vigilante, preocupada, activa.»

Se explica ahora que os pida, a vosotras mujeres españolas, que cuidéis la educación musical de los niños.

MARQUÉS DE BOLARQUE



CULTURA

DESPUÉS de un sueño reparador que debe ocupar un mínimo de ocho horas, o tal vez nueve para las más jóvenes, y en el supuesto, siempre aconsejable, de que se haya dormido con la ventana entreabierta, lo primero que debe hacerse es al saltar del lecho, abrir totalmente la ventana, que permitirá contemplar en las mañanas de primavera, la esplendidez del sol, los colores de las flores, el azul del cielo y cuanto la voluntad de Dios puso de agradable ante nuestra vista; ello nos preparará para que los acontecimientos del día nos parezcan optimistas.



Fig. 1

Inmediatamente nos dispondremos a practicar unos cuantos ejercicios físicos, sencillos, para los que no se necesitan aparatos especiales y que nos permitan por tanto el poderlos hacer en viajes, vacaciones, en el campo, es decir, en cualquier situación, aunque no sea el domicilio habitual.

Para ello sirve como traje el pijama o camión que se haya usado durante la noche; una única condición debe reunir, y es que debe ser lo suficientemente amplio para no estorbar la libertad de los movimientos gimnásticos (no olvidemos que la palabra gimnasia se deriva del griego «gymnos» que quiere decir «desnudo»).



Fig. 2

Estos ejercicios deberán practicarse antes del baño o ducha y antes del desayuno; un efecto inmediato es el estiramiento de músculos y articulaciones que han quedado



FÍSICA

embotados durante la larga inactividad nocturna.

El primer ejercicio a cuya descripción nos vamos a limitar hoy, consiste en movimiento circular del tronco.

Precisa colocarse con las piernas separadas y los pies bien planteados sobre el suelo,

de manera que se obtenga una sólida base para no perder el equilibrio; las manos por encima de la cabeza (como en el grabado n.º 1) y entrecruzando los dedos de ambas manos para que no se



Fig. 3

separen una de otra. En este movimiento se imprime a la parte superior del cuerpo un movimiento de rotación cuyo pivote es la cintura, siguiendo el movimiento las manos, primero hacia la derecha (grabado n.º 2) después hacia adelante (grabado n.º 3) y luego a la izquierda (grabado n.º 4) para terminar en la posición n.º 1. Durante todo este ejercicio la cabeza debe conservarse bien derecha y la espalda completamente recta.



Fig. 4

Este movimiento descrito como queda, se repetirá cinco veces hacia la derecha y otras cinco en sentido inverso.

Con este ejercicio se obtiene un desarrollo de los músculos de los lomos y da una forma clásica a la cintura

y al busto; asegura la línea graciosa del cuerpo, aumenta la estatura y proporciona una gran esbeltez a ese entrante de la parte posterior del cuerpo que se conoce vulgarmente con el nombre de «riñonada».

GIMNASIARCA



HISTORIA DE LA SECCION FEMENINA

Por PILAR PRIMO DE RIVERA

(Continuación)

Y este jabón lo vendían las chicas del S. E. U. en la Universidad entre sus compañeros, y las que trabajaban, entre sus amigas de taller y de fábrica, y todas, entre nuestras familias; así que el jabón llegó a ser como un nuevo distintivo de la Falange, porque lo mismo que en el Antiguo Testamento señalaban las casas de los israelitas para librarlas del Angel exterminador, las de los falangistas se conocían porque en ellas se veía sin distinción, el jabón nacional-sindicalista. Claro que en este caso en vez de ser una señal de salvación, era una pista segura para la policía, que ya no le cabía duda de que en aquella casa eran de Falange.

Ya con estos ingresos podíamos llevarles a los presos tabaco, libros y medicinas para los enfermos, y les pasábamos a sus familias un socorro semanal que según los fondos, oscilaba entre siete y quince pesetas.

Como era imposible por la falta de dinero, llevarles la comida todos los días, sólo en Navidad les organizábamos una cena extraordinaria para que celebraran juntos el Nacimiento de Cristo, y la esperaban con tanta emoción los camaradas, que uno de ellos a quien ponían en libertad aquella noche pidió quedarse hasta el día siguiente, sólo para poder celebrar la cena con los demás. Y les gustaba todo lo que se les mandaba. Nosotras gozábamos preparándoles la comida, que según los medios, unos años era buena y otros nada más que regular, pero siempre tenía ese estilo de hermandad que tienen las cosas de Falange. Porque para eso íbamos nosotras desde por la tarde a una taberna que había enfrente de la cárcel, donde nos lo hacían más barato, y allí entre los gritos y los ruidos de panderetas de los que estaban celebrando la Nochebuena, preparábamos llenas de gozo, pensando en los camaradas, pero con mucho miedo a las borracheras de aquella gente, las cestas que a las siete de la tarde teníamos que llevar a la cárcel para nuestros presos. Y en aquella época de persecuciones para la Falange, ya recibían los camaradas de la cárcel los paquetes de puros de la cena de Navidad, atados con cintas de nuestros colores rojo y negro.

Claro que para pagar la cena de Navidad, teníamos que lanzarnos otra vez a pedir dinero y decidimos hacer una rifa, poner un llamamiento en los periódicos, firmado por varias de nosotras pidiendo para los detenidos de Falange. Al llamamiento acudieron muy pocos, casi todo se recogió entre los mismos camaradas, los de fuera como siempre, eran sordos a las llamadas de Falange; por eso nos quedamos atónitas cuando vimos aparecer a un hombre que nos traía cien pesetas y anunció que volvería con más. Cien pesetas para la Falange era cantidad casi desconocida, y estábamos tan poco acostumbradas a recibir dinero, que por un momento creímos todas que aquel hombre era un anormal. Tampoco las papeletas de la rifa eran fáciles de vender, aunque las pusimos al insignificante precio de un real, como siempre, las tuvimos que repartir entre los mismos de Falange, ellos solos eran capaces de comprender lo que suponía para los camaradas la cena extraordinaria de Nochebuena, porque solamente ellos iban a la cárcel. Claro que la rifa tenía la ventaja de que nunca le tocaba a nadie y podíamos repetir el número todos los años con una sola muñeca, que era lo que se rifaba siempre.

LAS VISITAS A LA CÁRCEL DE MADRID

Y desde aquel día, cuando detuvieron a los primeros camaradas empezamos a ir a la cárcel para acompañarlos. Al principio, cuando había pocos presos nos dejaban verlos a cualquier hora y todos juntos, pero después según fueron entrando más, aumentaban las dificultades para la visita. Nos hacían ir a las siete de la



Nosotras gozábamos preparándoles la comida...



...por eso nos quedamos atónitas cuando vimos aparecer a un hombre que nos traía cien pesetas...



... y dándole coba al director de la cárcel, pedíamos visita especial para alguno...



Y durante casi tres años, todos los días tuvieron las camaradas la visita de las chicas.



... y decidieron las dos únicas camaradas que poseían coche en toda la Sección Femenina, cederlo en servicio voluntario.

mañana, si queríamos verlos a todos, y salían al locutorio de comunes detrás de dos rejas y una tela metálica.

En esas visitas nos pedían libros, balones para jugar en el patio, monos, alpargatas, y sobre todo, querían el *Arriba*, periódico de la Falange, para enterarse de cómo marchaba el Movimiento. Pero el *Arriba* era imposible dárselo por entre aquellas dos rejas, y si lo pasábamos por donde se metían los paquetes, seguramente no se los daban, así que de vez en cuando y dándole coba al director de la cárcel, pedía mos visita especial para alguno, que además de tener la ventaja de que era a las once de la mañana, se les veía por una sola reja y sin tela metálica, y con disimulo, cuando el vigilante no miraba, le pasábamos los periódicos para que los repartieran entre los de su galería.

Y en las visitas que les hacíamos a la cárcel, les contábamos todo lo que pasaba por Falange, si había nuevos detenidos, si la Policía había hecho más registros en el Centro, si el Gobierno prohibía el periódico, si alguien, por fin, se decidía a darnos dinero y si en aquellos días caía algún camarada, que ya iban siendo muchos los que componían el cuadro de nuestros muertos. Les hablábamos de sus novias, de los cines y de todo lo que pudiera hacerles más llevadera aquella prisión que ellos consideraban como un acto de servicio.

Al entrar y al salir, nuestro saludo y nuestra despedida a los camaradas detenidos era ya siempre brazo en alto, y cuando en octubre de 1934, después de la revolución de Asturias, íbamos nosotras a visitar a nuestros presos y los marxistas a los suyos en el mismo locutorio de comunes, al despedirnos ellos cerrando el puño se decían «salud, compañeros» y nosotros, brazo en alto, y con la mano abierta «¡Arriba España, camaradas!» Parecía como si presintiéramos ya que la próxima lucha iba a ser únicamente entre estas dos maneras de ser que se señalaban por el saludo. Ya los dos bandos los tenía en la cárcel un mismo Gobierno semi de derechas en el que intervenían los radicales y la Ceda. Y mientras ellos y nosotros sosteníamos la lucha dura cara a cara y a tiros en las calles y encerraban por igual en las cárceles, a los de Falange y a los comunistas, porque a los dos bandos los consideraban igualmente funestos, aseguraba Gil Robles que España se arreglaría con unas elecciones pacíficas, que era insensatez de la Falange recurrir a unos procedimientos tan violentos. Y los españoles creyeron a Gil Robles.

Y durante casi tres años, todos los días tuvieron las camaradas la visita de las chicas, que por turnos se iban alternando. Y tenían tanta prisa las mujeres por cumplir bien este servicio de la cárcel, que hubo que prohibirles que fueran si no estaban de turno, porque a pesar de lo incómodo de la hora, había tal multitud de voluntarios para visitar a los camaradas, que en la cárcel dieron orden de que no entraran nada más que las familias de los presos. Claro que aquélla para nosotras no era inconveniente, porque cada día iban las camaradas asegurando que eran hermanas de alguno de los detenidos, o la novia de cualquiera de ellos que no tenía más rato para verlos que aquel de por la mañana, y el oficial, que solía tener buenos sentimientos, se compadecía y daba el pase.

Y en esto, como en todo, se veía la apretada hermandad y el rigor de nuestro estilo, porque a hombres que muchas veces ni conocíamos, bastaba que estuvieran presos por Falange, para que desde el primer momento les llamásemos camaradas y nos hablásemos de tú.

Mientras no tuvimos presos más que en la cárcel Modelo nos desenvolvíamos bastante bien con las visitas, pero empezaron a juzgar a nuestros chicos y condenaron a dos a varios años de presidio; a uno se lo llevaron a Colmenar y a otro, al penal de Alcalá. Y entonces sí que era difícil ir a visitarlos, por la falta de dinero. Al principio, para que sus familias no se quedasen sin verlos, reuníamos entre todos para poderlos pagar el viaje, por lo menos, una vez a la semana. Y sus mismas madres les llevaban el tabaco y demás cosas. Pero después pensamos que no estaba bien dejarlos en aquel abandono y decidieron las dos únicas camaradas que poseían coche en toda la Sección Femenina, cederlo en servicio voluntario para poder llevar a las madres de los presos y a las camaradas que estuviesen de turno, para que así aquellos dos hombres no echaran de menos el clima cordial de la Falange.

(Continuará).



DIANA

por el

Duque de Almazán

LA presencia y actuación de la mujer en el noble ejercicio de la caza arranca desde los tiempos mitológicos, en los que «DIANA» erigida en bellísima Diosa, es acicate que había luego, en el transcurso de los siglos, de provocar el talento de una pléyade de artistas del mármol, de la tabla, del lienzo o del papel que habían de immortalizar tan simpática compañera del hombre, en sus correrías por el bosque.

Xenofonte, General Ateniense, filósofo e historiador (425-352 a. de J. C.) escribió un Tratado de Caza, que luego el Secretario Diego Gracién tradujo al castellano en 1552 y dedicó al entonces Príncipe de Asturias (Felipe II); el libro que se titula «DE VENATIONE» comienza diciendo que la caza y el uso para ella de los perros, fueron invención de los dioses Apolo y Diana, quienes se la transmitieron al sabio Centauro Chirón (el educador de Aquiles para la guerra de Troya), el cual dió lecciones de Montería a una verdadera falange de discípulos, entre ellos a Esculapio, Nestor, Teseo, Ulises, Castor, Polux.

Chirón, que era nada menos que hermanastro de Júpiter, según Xenofonte, supo dar tan bien sus enseñanzas que llegó a hacer de todos ellos unos cazadores verdaderamente extraordinarios.

Siguiendo la leyenda mitológica, vemos a Eneas y Dido dando muerte al león de Lavinia, y a la Diosa Venus, aconsejando a su querido Adonis que no mate leones ni osos, que habrían de gastar sus fuerzas con menoscabo de su belleza, y que se dedique sólo a la caza de los pacíficos gamos.

Constituída ya DIANA en Diosa de la Caza, mueve la pluma del Cardenal Adriano en 1512, para escribir su famoso poema cinegético y a ella dedicado.

Dedicó el purpurado la obra al también Cardenal Ascanio, su colega y amigos ambos del famoso Papa Alejandro VI, y aunque la trama de la obra no deje de sorprender en la pluma de una alta dignidad eclesiástica, está muy al tono de la época de esos Pontífices, que como Julio II, Juan de Médicis (León X), fueron tan apasionados en el ejercicio de la caza; de este último Papa, se refiere, que las vicisitudes del deporte, acabaron por influir hasta en su habitual buen humor y movieron a un escritor de la época a dedicarle unos versos que vienen a decir:

Un ilustre heredero de los nobles Médicis
el héroe de su tiempo, el Papa León X
cada otoño olvida en Ferrara
con sus monteros, el peso de la tiara.

Volviendo al poema del Cardenal Adriano, éste presenta a la heroína DIANA saliendo del bosque para conducir a una montería a Ascanio, y le explica por el camino, todas las armas y artefactos empleados por los primeros monteros; la Diosa, alcanza a un feroz jabalí; Ascanio, a un venado; ambas reses en su furia acaban con los perros que las acosan e igual hubiera sucedido con ambos cazadores sin la intervención de un sicambro, que aparece con un arcabuz; DIANA entonces se entristece ante el poder destructor de la pólvora, temiendo que acabe con las especies de caza.

En la gloriosa Historia de nuestra España, la afición venatoria es siempre compartida por Reinas, Princesas, grandes Señoras; unas con el dardo o lanza corta de montería, otras con el halcón al puño protegido por acerado guantelete, comparten siempre las fatigas de amigos y deudos.

Y así, la Reina Doña Violante de Bar, esposa del Rey Juan I «el cazador», no es solamente aficionada al noble deporte, sino asidua lectora de cuantos libros se escribieron en España y fuera de ella, en materia cinegética y escribe a 28 de Abril de 1389, desde Monzón, una afectuosa carta a Gastón Phoebus, su querido primo, dándole las gracias por el «libro de caza», el famoso *Miroir de Phoebus des deduiz de la Chasse des betes sawaiges*, códice que armó una verdadera revolución por su técnica y sus admirables miniaturas.

En el correr de los siglos, en 1447, conocedor el Condestable Don Alvaro de Luna de la afición a la caza mayor por parte de la Reina, invita a ésta y a su esposo, el Rey de Castilla D. Juan II, a una montería en sus magníficos bosques de Escalona, siendo la descripción de esta cacería y la de las fiestas que siguieron, materia para que en la Crónica del Condestable, su autor, el fiel paje que le acompañó hasta el cadalso, nos diera idea del fausto y suntuosidad con que el Maestre de Santiago obsequió en su Castillo-Palacio a los egregios huéspedes.

«El Maestre dixo al Rey, como le tenia allí concertado el monte, que si le placiera de lo correr; é la Reyna con sus dueñas e doncellas sobieron en los cadahalsos que el Maestre había mandado fezer donde mirasen correr el monte.

»Algunos portugueses que allí venían con la Reyna, mucho se maravillaron, quando vieron aquella entrada de la casa tan fuerte, é tan magnífica é caballerosa; cá estaban á las puertas grandes de la entrada muchas cabezas de osos é de puercos, é de otras bestias salvages, é enmedio del postigo de la puerta estaba clavada una muy grand piel de león, con sus uñas é dientes blancos, la qual tenia muchas é grandes feridas. E aquesta piel de león ovo enviado un Rey Moro de allende el mar al Maestre de Santiago, entre otros dones de que le fizo presente, faciendo saber por sus Embajadores

que aquel león avia fecho muy grand daño en una parte del Africa, é que era el mayor que nunca entre ellos fué visto: é por memoria de aquel e honra del Rey que ge lo enviara el Maestre lo avia mandado poner á las puertas de la entrada de su casa.

»Después que entraron dentro de la casa, fallaronla muy guarnida de paños Franceses é de otros paños de seda é de oro, é muy ordenada de todas las cosas que convenian; é de todas las camaras é salas estaban dando de sí muy suaves olores.

»Las mesas estaban ordenadas, é puesto todo lo que convenia á servicio dellas; é enter las otras masas sobian unas gradas fasta una mesa alta; el cielo é las espaldas dellas era cobierto de muy ricos paños de brocado de oro fechos á muy nueva manera. En esta mesa avian de comer el Rey é la Reyna: é mando el Rey comer allí a su mesa al Arzobispo de Toledo, é á Doña Beatriz fija del Rey Don Dionis, tia del Rey, que andaba con la Reyna. É las otras mesas baxas en esta manera: un caballero é una doncella á par dél, é luego otro caballero é otra doncella, assentado cada uno segund quien era. Los aparadores dó estaban las baxillas estaban á la otra parte de la sala, en las quales avia muchas gradas, cobiertas de diversas piezas de oro é de plata: é denede avia muchas copas de oro con muchas piedrias preciosas, é grandes platos é confiteros é barriles, é cántaros de oro é de plata cobiertos de sotiles esmaltes é labores; aquel dia fue servido el Rey allí con una copa de oro, que tenia en la sobrecopa muchas piedras de gran valia é de esmerada perficion.»

La hija de este agasajado Monarca, Isabel, la gran Isabel la Católica, fué también devota en la práctica del noble arte.

Su Cronista Bernáldez nos relata una curiosa montería en la que intervino el Rey Moro Muley Baudili Azagal.

«Estando en Almeria el Rey Don Fernando é la Reyna con su Corte é hueste concertaron Monteria para aver placer é fueron el Rey é la Reyna é la Infanta é fueron con ellos el Maestre de Santiago, el Marques Duque de Cádiz é otros caballeros grandes é el Rey Moro, é la Reyna su mujer, é el monte era allí cerca de la orilla del mar, é mataron cuatro puercos monteses, en que ovieron mucho placer, é acaeció que estaba en el monte un Lobo, é salió á lo raso é como se vido aquejado de la gente metiose en el mar fuyendo á nado: á como aquello vido un mozo de la villa de Útrera llamado Alonso

Donayre, desnudose é echose á nado en la mar en pos del Lobo, en presencia de todos: é toda la Caballeria no miraba otra cosa; é siguiolo tanto fasta las ondas, ni se veia el mozo ni el Lobo, é todos pensaban que eran ahogados, é dende á poco dieron vuelta el Lobo delante é el mozo detras de él acarreándolo acia donde la gente estaba; é llegando cerca de tierra el Rey Don Fernando entró con su caballo en la mar hasta que le daba el agua á las cinchas, é mató el lobo á lanzadas.»

Era además la gran Reina, una verdadera bibliófila: entre sus libros más estimados, figuraba el Códice de Alfonso XI (el ejemplar en pergamino, que se conservaba en la Biblioteca del Monasterio de El Escorial); y no me cabe la menor duda de esta afirmación, pues en el Inventario que se hizo luego de su librería hay esta partida:

«Inventario de los libros propios de la Reina Doña Isabel que estaban en el Alcázar de Segovia a cargo de Rodrigo de Tordesillas, vecino y regidor de la dicha ciudad en el año de 1503:

171—Otro libro de pliego de Pergamino de Marca Mayor, que se dize libro de Monteria, en romance, con unas coberturas de cuero colorado.

172—Otro libro de pliego de Pergamino, de mano, en romance, que es é habla de los montes, é de la monteria, e con unas tablas cubiertas de cuero verde é reteadas con bolloncitos de latón.»

Gran distracción fué para Felipe II en sus hondas preocupaciones, la enseñanza del manejo de la ballesta, a las Infantas sus hijas.

El Padre Fray Jerónimo de Sepúlveda, monje de El

Escorial, describe con sin igual donaire alguna de estas escenas de regia enseñanza:

«Todo el tiempo que el Rey Católico estaba en esta Casa gustaba de ir a caza con sus hijas las Infantas y mataban ellas también mucha caza, y andaban a porfía cuál de las dos tiraba mejor y hacían sus apuestas y no se perdonaban cosa la una a la otra.»

Durante su estancia en Portugal, en 1582, cuando fué a tomar posesión de aquel Estado, que por primera vez se unía a la Corona de Castilla, escribió a sus hijas varias cartas de tipo cinegético; he aquí una de ellas:

«Lisboa a 16 de Abril. Y volviendo a lo de Aranjuez, muy grandes ballesteras creo que debeis estar entrambas pues tan bien matasteis los gamos y descisme, vos la mayor, que vuestro hermano cobra gran fama...»



Y no hay duda que estas sabias enseñanzas del Rey Prudente perduraron, al través de los años, en el espíritu de sus hija preferida, Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los Países Bajos; la historia nos conserva una carta suya dirigida en 1610, desde Bruselas, a su hermano el Rey de España Felipe III.

«Ahora quiero contar de nuestra caza de Marymont, que por mi honra no lo habría de hacer, pero será con condición que V. M. se ría un poco y no me dé la vaya. Deseábamos mucho matar un ciervo con yerba (el famoso procedimiento tan genuinamente español, de envenenar la jara o lance de ballesta) porque acá es cosa tan nueva que en viéndola huyen della y de la ballesta, como si fuera el demonio, que sólo de miralla piensan los ha de matar; y es de manera que á un secretario le hizo Don Pedro de Toledo entender que un pedazo de corzo, que comían en el estado, estaba muerto con ella, y se levantó de la mesa y se fué á su aposento y hizo sacar cuantos cuchillos y tijeras había y las espadas, y no osó salir hasta que le desengañaron.

»En fin, yo fuí una mañana a tirar al ciervo, y mi primo me puso en un lazo y me le fué á echar, porque tampoco hay quien lo sepa acá, ni se usa esta manera de cazar, y quedó conmigo el Duque de Umala, que tiene tanto miedo á la yerba como el secretario.

»Salieronme cuatro ciervos, y cuando voy a tirar al uno, rompeseme la cuerda de la ballesta, que en mi vida he tenido mayor rabia, ni mayor risa, porque el Duque pensó que ya estábamos todos muertos; no teníamos allí otra cuerda ni otra ballesta y así le maté con el arcabuz.

»Era muy grande y el primero que se ha muerto en el parque, que quisiera harto poderlo envialle a V. M. por la posta, porque no he comido mejor cosa.»

En otras misivas sucesivas se refleja el recio temperamento de la Españolísima Gobernadora:

«Y otra vez que iba yo a tirar (un ciervo) echado, llevando el de Umala la ballesta tras mí, rómpese otra vez la cuerda, que él quedó el más perdido hombre del mundo. Quedamosnos con las ballestas sin cuerdas, y dijeron que en Mons había uno que las hacía muy bien y así envió mi primo por él, que es tres leguas de allí y pidió un carro para traer el aparejo para ponellas y al cabo trujo un injenio que solo la mancuera no cabía en la casa.

»Anduvimos no sé cuantas mañanas sin poder tirar nada; que están tan salvajes allí los ciervos y el bosque es tan cerrado que es menester sudar bien para poder tirar: y para mí no es lo peor, porque en estando mansos no los puedo tirar de buena gana; y así hicimos llevar la comida al campo, que no fué el peor día y después de haber sesteado cabe un arroyo, donde se olgaron arto las damas, anduvimos más de tres horas para poder tirar y muchas veces casi á gatas.

»Ya que era tarde, yo entré á hurto á dos ciervos hermosísimos y tiré al uno, no á ocho pasos de mí y tan sin sentirme que nunca dexó de comer; pero lo erré lindísimamente; yo creo de pura cudicia.»

No contenta nuestra Infanta con su actuación personal, como vemos en sus epístolas, no olvidó la parte religiosa; la singular devoción de los Monteros a su Santo Patrono San Huberto.

Así, encargó en 1610 a su arquitecto W. Coeberger, la erección de una capilla en honor del Santo, en el lugar de Tervueren, situado en las orillas mismas del bosque de Seigne, tan querencioso para los venados.

Como más adecuado para la nueva Capilla, escogió la Archiduquesa el sitio en que estuvo situada la casita forestal usada por San Huberto para su descanso y en la que acabó sus días; se conservaban aún las ruinas de aquella humilde

construcción donde durante muchos años los monjes de la Abadía de Parcq habían celebrado diariamente una misa al amanecer.

El nuevo edificio se componía de una sola nave de diecisiete metros de largo por seis de ancho; y sus muros se adornaron con magníficas pinturas de Gapard de Crayer (la conversión de San Huberto), Teodoro van Loon, Breughel, Van Dyck y otros.

La solemne inauguración tuvo lugar en 1617; precedía al cortejo un sacerdote que llevaba entre sus manos el cuerno de caza de marfil que perteneció al Santo Montero; seguía un diácono portador del privilegio antiguo original, en el cual se aseguraba que «cualquier perro rabioso de Tervueren o sus alrededores, gracias a la protección del Santo, se volvería completamente inofensivo y no intentará morder á nadie, antes al contrario huirá hacia el bosque Señorial, escondiendo su cabeza en un rincón de la capilla, en el que morirá tranquilamente».

Seguía bajo un magnífico palio, cuyas varas eran llevadas por seis gentiles hombres de la Casa de los Archiduques, el Arzobispo de Malinas, Mathias van Hove, que había de consagrar el templo, y por último, los Archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia.

Mientras nuestra Infanta y Archiduquesa se dedicaba al noble deporte, allá en Flandes, en Madrid no permanecía ociosa la Reina Margarita de Austria, esposa del Rey Felipe III; su afición cinegética, movió la pluma de Góngora y escribió este soneto:

Clavar victorioso y fatigado
Al español Adonis vió la Aurora
Al tronco de una encina vividora
Las prodigiosas armas de un venado
Conducida llegó a pisar el prado
Del blanco cisne que en las aguas mora,
su Venus alemana, y fué a tal hora,
que en sus brazos depuso su cuidado.
Este trofeo, dijo, a tu infinita
beldad consagro; y la lisonja creo
que en ambos labios se la dejó escrita.
Silbó el aire, y la voz de algún deseo.
Viva Filippo ¡viva Margarita,
dijo, los años de tan gran trofeo!

En mi *Historia de la Montería en España* publiqué varias cartas de la Reina Doña Mariana de Austria, esposa de Felipe IV, y de las Infantas María Teresa (reina de Francia, luego, por su matrimonio con Luis XIV) y de Margarita María, a su Teniente de Aya la Condesa de Salvatierra; en estas simpáticas epístolas se refleja la sencillez de estas Princesas y su gran afición a la caza.

También las grandes señoras eran sumamente diestras en el manejo del arcabuz; y a veces ejercitaban su buena puntería no sólo en los venados y jabalíes, sino hasta en los indiscretos que pretendían seguirles contra su deseo, en la práctica del deporte venatorio.

Veamos el curioso lance sucedido en la Casa de Campo, cerca de Madrid, a la Marquesa de Leganés.

«Este miércoles pasado (escribía el P. Sebastián González al P. Rafael Pereyra á 3 de Septiembre de 1647) fué la Marquesa de Leganés á la Casa de Campo á tirar, como suele otras veces. Iban con ella sus dos hijas y su sobrina la Condesa de Mora. Acertó á ir también el Almirante, en su coche, las cortinas corridas, y dos damas con él, vestido como de campo. Iba el coche del Almirante siguiendo al de la Marquesa, porque las damas que el Almirante llevaba, tuvieron

gusto de verla tirar. La Marquesa envió un recado al cochero, diciéndole fuese por otra parte; su amo le dijo, camínase.

»Volvió con segundo recado un criado de la Marquesa, y dijo que la Marquesa de Leganés iba allí con sus dos hijas y su sobrina y que le pedían echase por otra parte. No se dió por entendido y prosiguió.

»Salió del coche la Marquesa y pidió una escopeta que cargó con sólo pólvora y taco y apuntó al cochero para espantarle y obligarle fuese por otro camino; disparó... y no hizo caso el cochero.

»Viendo esto la Marquesa, cargó segunda vez con perdigones y apuntándole... dió con él en tierra.

»Las damas que iban con el Almirante, se desmayaron; el Almirante no estaba con vestido decente para darse a conocer. Mandó al otro cochero subiese en la silla, de donde el otro había caído y fuese á Madrid. La Marquesa hizo tomasen la sangre al herido y que lo llevasen á casa de un guarda; dicen le dió dos doblones de á ocho, que el cochero no quiso recibir.»

Afortunadamente las heridas no fueron graves, pero el encolerizado Almirante envió una carta a Leganés, que decía así:

«Estando un coche mío en la Casa de Campo, la Marquesa

mujer de V. E., derribó á un cochero de un arcabuzazo; V. E. me avise, qué le parece, para que yo vea qué debo hacer. Guarde Nuestro Señor á V. E.»

El Marqués, le contestó así:

«La Marquesa me ha dicho, cómo por dos veces pidió al cochero de V. E., se aparta de donde iba con sus hijas y sobrina y no queriéndolo hacer, sucedió lo que V. E. sabe. No tengo más que decir sino que guarde Dios á V. E.»

Este curioso incidente que revela el recio carácter de la mujer española, que no gusta de ser mortificada ni mucho menos despreciada por nadie, es un fenómeno característico, demostrado por ella, con la mayor gallardía en las numerosas persecuciones de que ha sido objeto en los momentos actuales, en registros domiciliarios, en interrogatorios y en cárceles; en todos esos trágicos momentos, siempre ha permanecido digna, y con su valor, honró a su raza.

Para terminar este trabajo, he de decir, que en los tiempos anteriores a este Glorioso Movimiento, muchas fueron las damas que se entregaron con verdadera pasión al ejercicio tan honesto como saludable de la caza; pero también debe constar que gracias a él, estuvieron en estrecho contacto con los menesterosos y fueron hasta sus más modestas chozas, a llevarles la Religión y el pan.



Dietética

Como se debe comer



Es una alegría en las ciudades ver esos comedores infantiles, llenos de niños que cantan, ríen y comen. Sin esos escaparates tan llenos de luz, tan limpios en donde los hombres y las mujercitas del mañana aprenden a saber comer, las ciudades serían hoscas con ceño inhóspito.

Aprender a comer es un arte que debe enseñarse al muchacho y vigilarse en edades sucesivas. Tan importante como el alimento mismo es el saberlo comer.

Se come con todos los sentidos superiores e inferiores, y es fundamental que aquéllos y éstos se den cita durante las comidas.

Uno sólo que falte será motivo de alteración fisiológica, que si no se manifiesta inmediatamente, lo harán en años sucesivos, si la causa del mal se reitera y posiblemente se definirá en enfermedad grave.

Se come con la vista: es de antiguo el experimento de Pawlow, el que puso mediante una fistula gástrica el estómago de un perro en relación con el exterior, recogido en un matraz el jugo que salía de aquél, vió cómo el estómago empezaba a segregar en cuanto el animal veía el alimento, y se daba el caso de que aquel jugo era de distinta composición siempre. Había, pues, un jugo para la carne, para el pan, etc. Consecuencia de ello, está en presentar los alimentos claramente guisados, sin apariencias que los desvirtúen, y, por lo tanto, que eviten la preparación previa del estómago por el jugo.

Y sin llegar a esto, es del dominio vulgar que a la vista de un limón hacemos saliva, que por ser alcalina neutralizaría la equivalencia ácida de aquél.

La vista, pues, es fundamental en la comida y reiteramos aquí la necesidad de que la cocina no enturbie la naturaleza del alimento.

La primera mirada que un comensal dirige al plato que

le presentan es una necesaria preparación para su digestión, y es de notar que estas miradas tienen una rara atención que las distingue de las demás.

Se come con el oído: si en el experimento citado acostumbramos a dar la carne al perro acompañado de un toque de campana o de un silbido, siempre que el animal oiga estos ruidos, comenzará a segregar jugo gástrico en relación con la carne misma. Los distintos sonidos acompañando a distinta clase de alimentos, ocasionarán jugos gástricos acoplados a éstos, y por lo tanto, el sonido sólo proporciona la secreción conveniente al alimento que acompaña.

De aquí que la campana de los barcos, de los hospitales, de los conventos, la corneta de los cuarteles, las palmadas en los colegios, etc., son un incentivo y una preparación para la comida, y si recordando al Diablo Cojuelo, levantáramos la «tapa de los estómagos» de los individuos de un centro de éstos, al instante que sonara el «gong» conveniente, veríamos cómo se deslizaría suave un jugo digestivo por las paredes gástricas.

Se come con el olfato: es el sentido que la civilización va recortando dejándole secundario, en beneficio de la vista. Pero es el sentido que no podrá la civilización nunca suprimir, en relación con el alimento. Como en los casos anteriores, se ve al solo olor de un producto aparecer el jugo digestivo conveniente. Por ello se usan especias y aliños olorosos en muchas comidas y por ello, también, tienen éxito ciertos productos que se les deja fermentar largamente (caza, quesos, etcétera)... No olvidemos que hay un refrán castellano que sintetiza cuanto llevamos dicho: «la perdiz, con la mano».

Se come cómo no! con el gusto: Excusamos comentar este punto. El origen de la cocina se halla basada sobre este sentido.



Se come con el tacto: al recoger la fruta, por ejemplo. Todos los sentidos son, pues, aprovechables para el que hace la cocina, y los alimentos se llevarán a la mesa claramente anunciados, definidos, olorosos y de gusto agradable. Se prepara, pues, el que habrá de comer con sus cinco sentidos, nunca mejor empleada la frase y el talento del cocinero, es el saber explotarlos en beneficio de la salud y la delicia en el comer.

* * *

Pero hay algo más para hacer una digestión perfecta. El comedor habrá de ser la habitación mejor y más soleada de la casa. Y en su ambiente debe ponerse aquello que sea agradable para los que en él coman. Unas flores discretas, un mantel bonito, una vajilla limpia y simpática, etc., habrán de hacer más por la salud del individuo que un excelente alimento servido en platos desportillados o en mesas con hules mugrientos.

Hay —señoritas que servís— que enseñar a los niños el gusto de saber comer y lo fácil y barato que es comer limpiamente.

Hay que comer con alegría; desechar en los instantes de la comida aquello que es origen de violencias por pequeñas que sean. Es triste pensar que las familias eligen el instante de «la mesa» para plantear los conflictos y pejiğeras domésticas.

Antes de comer debe prepararse el ánimo para la comida. Es un examen de conciencia, fundamental, y hay que obligar a los hombres de trabajo, que entre éste y el instante de la comida, hagan un hueco que les ahuyente las preocupaciones.

La tertulia al final de las comidas, que tan española es, es fundamental, siempre y cuando sea ajena a asuntos que intranquilicen el ánimo. La tertulia familiar a lo viejo y clásico castellano del Siglo de Oro, habrá que resucitarlo, dando al traste con la imbécil y ordinaria tertulia de cafés y bares. Y ya que de la tertulia hablo, digamos que el café debe suprimirse en beneficio de una infusión caliente no tóxica (manzanilla, hoja de naranjo, etc.).

Que la *copa* es tolerable en ciertos estómagos no hiperácidos, y hasta conveniente en los que tengan disminución de función digestiva, y que esa *copa*, lo podría ser de Chartreuse, Benedictino, etc...

Que el cigarro es inocuo algunas veces y perjudicial las más.

Asimismo, hay que combatir el uso de aperitivos tomados por la moda y no por necesidades fisiológicas, que muchos

estómagos toleran y aun les es conveniente un vino de quina de baja graduación, sobre todo tinto, y tomado en pequeña proporción, y unos minutos antes de las comidas.

Que habrá que suprimir cuanto de bebidas y mezclas son hoy la delicia de gran parte de gente, sobre todo, lo hecho con ginebra y sus afines.

Son convenientes los «entremeses» al comienzo de las comidas, pero no los aceitosos, sino los hechos con verduras o frutas. Sabido es la importancia que sobre la secreción del páncreas tienen estos productos, y habría que exigir porciones pequeñas de frutas o de verduras frescas como primer plato.

La sopa y sus afines sirven, principalmente, para excitar el jugo de los estómagos hipocidos o atónicos.

Debe, pues, darse pero nunca en el volumen de un plato soper, sino en el discreto de una taza de consoméno llena.—El jugo de carne aumenta y refrena el valor de la sopa.

El vino, no pasando de 100 gramos para los adultos, estimula, no hace daño y nos proporciona el 10 por 100 de calorías que normalmente se pierden en los alimentos que ingerimos. Los vinos tintos secos, estimulan los estómagos, tienden al estreñimiento y los rubios aligeran el vientre o hacen daño al hiperclorhídrico.

La cerveza tomada sólo en 100 gramos en cada comida, es un estimulante discreto.

La fruta es obligada como postre. La riqueza en vitaminas es fundamental, como lo es la mantequilla, pero como entremés.

Otro día hablaremos de las distintas clases de alimentos.

La hora de las comidas son absurdas en nuestra Patria. Hay que pedir al Poder público que reforme la ley del Trabajo a los empleados públicos que rige desde Alonso Martínez.

Hay que desayunar a las ocho, almorzar a las doce, merendar a las cinco y cenar a las ocho y media.

Sólo así hay un paréntesis que evitaría deshacer e interrumpir la digestión de la comida anterior.

Y como las revoluciones deben llegar para llamarse así, hasta lo más íntimo de modos sociales, esperemos que la nacionalsindicalista se ocupe también de enseñar a comer en esos limpios comedores de asistencia social con que se engalanan las ciudades de Franco.



Dr. Blanco SOLER

Las futuras películas españolas

EN estos días están ocurriendo en la realidad, los argumentos que luego parecerán ficción en el cine. Porque esta época que estamos viviendo está destinada a perpetuarse, como un espejismo durante años y años, y estos días y estas modas se repetirán en la novela, en el teatro, y sobre todo, en la pantalla, para encanto o desesperación de las generaciones que nos pisan los talones, pero para deleite narcisista de todos nosotros, los protagonistas de la gran tragedia nacional.

Indudablemente, esta conmoción española ha de producir obras maestras, no en vano se ha quedado la gente con el alma en la mano para que todos pudiéramos ver cómo la tenía; pero las obras maestras van siempre acompañadas de una corte de pequeñas creaciones en donde se empalman todos los lugares comunes para mayor deleite de ese enorme público que sólo gusta de ver lo que ha visto y oír lo que ya conoce.

Había, por ejemplo, la gran película de la enfermera y el herido, pero le seguirán, tal vez la precedan, unas cuarenta y seis películas del mismo tema. Es divertido darle vueltas al asunto para ir encontrando los diferentes caminos que han de seguir los argumentistas del tema.

Las bases han de variar poco; por un lado una enfermera bonita, simpática, que es «el ángel de su sala» y por otro el héroe herido. Se trata de que se casen al final, y eso se suele conseguir de diferentes modos, como se esté decidido a ello.

El caso más corriente es el del héroe herido en una pierna que convalece, dando paseos apoyado en una bella señorita. Puede lograrse un tratamiento más complicado apelando al herido en los ojos, pues esto da lugar a un infinito número de variantes; a saber:

- 1.º Al recobrar la vista se enamora de su enfermera.
- 2.º Al recobrar la vista se encuentra con que su amor era un Coco.
- 3.º Al recobrar la vista y ver a su enfermera, se muere.
- 4.º Al recobrar la vista confunde con su enfermera a una prima de ésta muy guapa que había ido de visita, se enamora de ella y se casan.
- 5.º Al recobrar la vista resulta que no le gusta su enfermera a la que le ha jurado eterno amor, y haciendo como si aun no viera bien, gana la puerta del hospital y se marcha a Cuba.
- 6.º Al recobrar la vista, la enfermera descubre que es bizzo y dice que ella no es la de antes, sino una nueva que acaba de llegar.

Claro que el autor de la película desdeñará todas estas variantes y se limitará a procurar que «la amenaza», como se llama en términos téc-

nicos, consista en que parezca que el herido no va a recobrar la vista.

Estos temas, van a sustituir durante unos años este otro tan caro a los públicos de barriada cual es el del torero.

El niño abandonado recogido por monjas que resulta un gran torero. El muchacho de pueblo que al ser torero y alternar con «señoritos» olvida a su novia local, pero en los últimos metros vuelve a quererla porque la «señorita» de sus amores se ha casado con Mister Eden

Va a ser tan grande el disgusto de ese público al ver arrinconado su tema favorito, que mucho nos tememos que se intente hacer una amalgama y que se escuchen conversaciones entre el productor de la película proyectada, el argumentista y los empresarios que suenen así.

Mi personaje era antes de la guerra empleado de Hacienda, luego se bate como un jabato, cae herido y es cuando conoce a Antoñita Colomé de enfermera.

—No puede ser un empleado de hacienda— replica el productor— eso no es poético; desde un punto de vista económico prefiero que fuera torero famoso, así podremos lograr estampas interesantes de su vida pasada.

—Pero si en las películas de toreros se pasan el tiempo poniéndose la faja, en vez de torear.

—No importa, eso gusta a mi público, pero lo que acabaría de redondear el asunto es que las monjitas del hospital donde está el herido sean las mismas que lo recogieron cuando era niño abandonado, y que la enfermera resulte ser su novia pueblerina e ingenua que bordó su primer capote de paseo. De este modo tengo un llanto seguro en toda la sala y nos hacemos de oro.

—¿Y el toro? ¿Cómo podríamos hacer aparecer al toro? Porque así la cosa sería más completa.

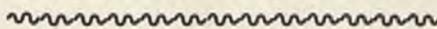
—Ya está. El toro es de esos que son tan nobles que les perdonan la vida y acaban acompañando al colegio a los hijos del ganadero. Y el mayoral lo trae junto a la cama del herido, para que éste le acaricie con el termómetro...

Todo este final tal vez sea un poco disparatado, pero no tanto como lo puede parecer; en la preparación de los asuntos de películas se escuchan las sugerencias más extrañas y lo que es más, se suelen aceptar.

Preparémonos, pues, a ver lugares comunes sobre esta guerra, abramos nuestra sonrisa, no nos enfademos demasiado, porque junto a ellos, apuntarán otros temas, tan fuertes, tan magníficos como lo es nuestra gesta, y ellos harán que por vez primera el cine español entre en un gran camino que le conducirá a la altura que le merece.

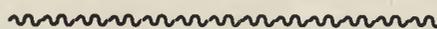
Ahora vivamos los argumentos.

Edgar NEVILLE

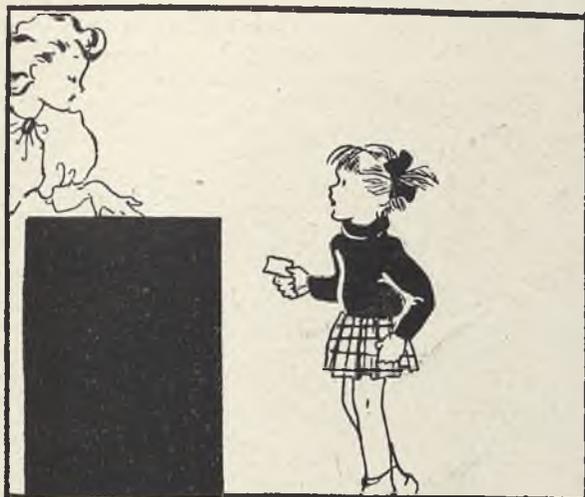


En prensa ya este número recibimos la noticia de que nuestro camarada Manuel Halcón, consejero nacional, dirigirá la gran revista «Vértice», entrañable colega nuestro.

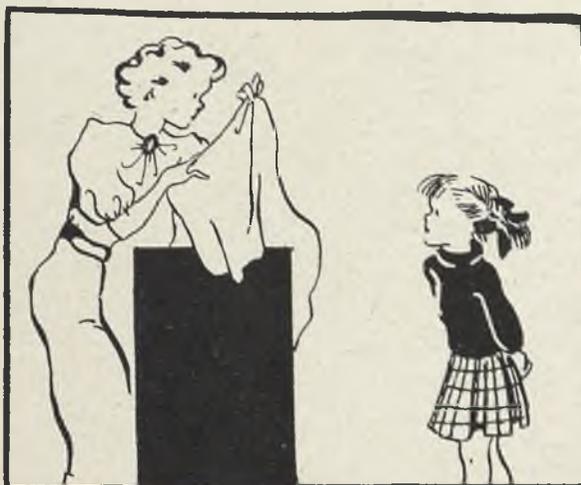
Felicitemos muy sinceramente a «Vértice» y a Manuel Halcón, ya identificados en el acierto inicial.



Cosas de Mimi



1
Señorita, enséñeme
tela de este color.



2
No, esta
no me gusta.



3
Esta tampoco,
es muy cara.



4
Y esta tampoco,
es muy oscura.



5
Me queda esta.



6
Cuánto quieres, niña?
Sólo dos centímetros,
es para una cresta
de gallo.



La vuelta al mundo de Consuelito y Verdeola

... .. POR MARICHU MORA.



II

(Continuación)

—¿Qué visitas vamos a hacer?— preguntó Consuelito—. ¿Nos darán de desayunar? Yo tengo mucha hambre.

Y de repente le entró una preocupación.

—¿Tú crees, Verdeola, que es buena hora de hacer visitas?

Verdeola se atusaba las escamas y la cola.

—Sígueme.

Detrás de una piedra, a la sombra de las márgenes, los juncos bajaban hasta el agua, formando una cortina.

En una de ellas entró el pez, y la niña detrás, un poco asustada de la oscuridad.

—Ya verás qué señora más simpática—dijo Verdeola, animándola.

Sobre una piedra, lavada plana por el agua, estaba reclusa una gran trucha, enormemente gorda. Cada vez que abría la boca se le erizaban todas las escamas, hasta casi parecer un puerco-espín.

Sobre la cabeza llevaba un gorro negro fantasma, atado con cintas.

—¿Quién viene a visitar a una pobre abuela a una viuda desconsolada? ¡Pero si es Verdeola. Pasa, hijo, pasa. ¿Y qué es esto que traes? ¡Cómo cambian los tiempos! Nunca he visto una cosa igual.

(Continuará)

MUÑECA DE PAPEL



Cortáis en un trozo de cartulina un cuarto de círculo, que tenga 21 centímetros de radio, según se indica en el gráfico número 1. Montad luego las dos partes rectas, pegándolas o cosiéndolas, de modo que forméis un cono que tenga en su base siete centímetros de diámetro, y en este borde pegáis, por dentro, una tira de papel, de unos cuatro dedos de ancho, conforme se indica en la figura número 2, letra B, la cual sirve, atándola, para cerrar el cucurucho. Después cortáis un poco la punta del cono, y a la distancia de un centímetro de este corte, hacéis dos agujeros, uno enfrente del otro, introduciendo por ellos un palillo de dientes, en la forma que se indica en el dibujo número 2, letra A.

Esto que habéis hecho, constituye lo que pudiéramos llamar el cuerpo, y ahora vamos con la cabeza.

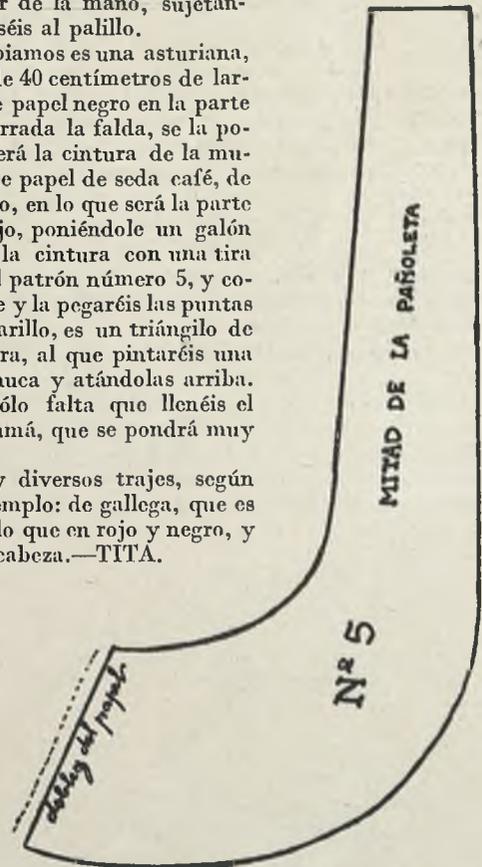
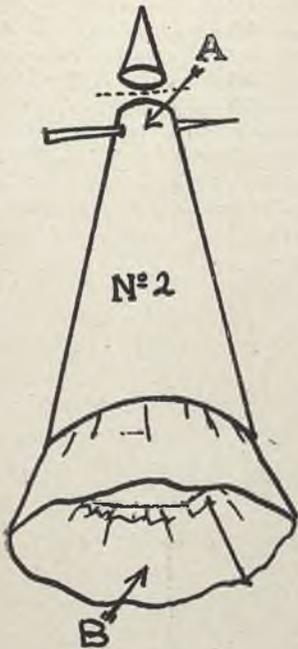
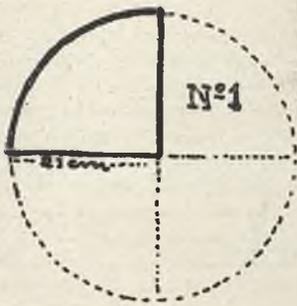
La podéis hacer forrando de papel una nuez no muy grande o, mejor, haciendo una pelota de papeles y dándola una forma ovalada, cuidando de estirar mucho el papel de seda con que la forraréis, para que la cara quede tersa. Pintad después el rostro, poniendo por nariz un trocito de corcho pegado. Para el pelo, emplearéis lana café o negra, con lacual haréis una larga trenza, cuya mitad pegaréis enmarcando la frente, según podéis ver en el diseño número 3. El retorcido del forro de papel de la cabeza que forma el cuello, lo meteréis por el agujero del vértice del cono, cosiéndolo a la cartulina (figura 3), procurando quede bien sólido.

Para hacer las manos, recortad unos cartones, según el patrón número 4, pintándolas después. Las mangas, son un trozo de papel de seda blanco, de ocho centímetros de largo por nueve de ancho, y una vez formada la manga, la fruncís por uno de sus extremos alrededor de la mano, sujetándola con un puñito del otro extremo, lo coséis al palillo.

Para el vestido, como el modelo que copiamos es una asturiana, cortaréis una tira de papel de seda amarillo, de 40 centímetros de largo por 14 de ancho, pegándole dos tiritas de papel negro en la parte baja, como veis en el dibujo, y después de cerrada la falda, se la ponéis al cucurucho, frunciéndola en lo que será la cintura de la muñeca. El delantal, lo constituirá un trocito de papel de seda café, de siete centímetros de largo por cuatro de ancho, en lo que será la parte de arriba, y seis centímetros en la de abajo, poniéndole un galón negro a todo su alrededor y sujetándole a la cintura con una tira negra. La pañoleta, de papel negro, la cortaréis por el patrón número 5, y colocándosela sobre los hombros, la cruzaréis por delante y la pegaréis las puntas a la espalda. El pañuelo de la cabeza, en papel amarillo, es un triángulo de 24 centímetros de base por ocho centímetros de altura, al que pintaréis una cenefa. Se lo pondréis cruzando las puntas por la nuca y atándolas arriba.

Y ya tenéis construída la muñeca de papel. Sólo falta que llenéis el cartucho de bombones y se la regaléis a vuestra mamá, que se pondrá muy contenta de tener unas hijas tan habilidosas.

Nota.—Estas muñecas las podéis vestir con muy diversos trajes, según vuestra iniciativa. Por ejemplo: de gallega, que es igual que la asturiana sólo que en rojo y negro, y blanco el pañuelo de la cabeza.—TITA.





De mujer a mujer quiero hablarte, como pos amigas que se conocieron hace ya mucho tiempo, que intimaron y a quien las circunstancias separaron.

Hoy, al encontramos en estas páginas, nuestras plumas sabrán transmitir nuestras impresiones. Tú me contarás tus cuitas, tus deseos, tus alegrías, tus ansias de saber, y yo, llamando en mi ayuda a un Hada que nada ignora, contestaré a tus cartas con prontitud maravillosa y... todo lo acertadamente que pueda hacerlo.

¡Comience la serie de tus preguntas! Soy mujer como tú, comprenderé todo y hallaré respuesta cuando indagues la mejor manera de adornar un hogar con pocas pesetillas, de convertir una *toilette* en «vestida» o *sport*, según las circunstancias lo requieran; de encontrar el peinado que mejor armonice con tu rostro o la pintura que más atractiva pueda hacerte; de contactarte los triunfos de una estrella de cine a quien admires; de confiarte las mil maneras que una mujer posee para conquistar a un hombre y — ¡importantísimo! — retenerlo; de buscarte el libro que te instruya y entretenga; de... siga esa serie, conviértase en interminable y el Hada de que te he hablado, y que también es mujer como nosotras, me ayudará para resolverte todo.

¿Confías en mí? ¡Escríbeme entonces! «Y» nos unirá de nuevo en aquella cálida amistad de pasados tiempos.

Ningún secreto existirá entre nosotras, y la página que la revista me regala para ti, se convertirá en un espejo donde se reflejarán frivolidades y serias preocupaciones femeninas, que de todo esto — y digámoslo muy bajito para que los hombres no nos critiquen — existe en el fondo tan escondido de una mujer.

Y como te he pedido que seas franca conmigo y he lanzado al viento el grito de «fuera hipocresías», voy a confiarte un secreto.

Te necesito.

¡Sí; no te extrañes ante mi confesión y, sobre todo, no busques una disculpa para librarte de prestarme tu ayuda.

¿No hemos quedado en ser amigas... como en aquellos viejos tiempos? Entonces acuérdate que acabo de brindarte la solución a las dudas que puedas tener y sírvame tu amistad para llenar un hueco — muy pequeñito, no te asustes — que tengo.

Quiero que me des cuenta de tus habilidades. Esas habilidades que, si la modestia no quiere exhibirlas, la llamaremos egoísta, pues querrá significar que todo quiere guardarlo para sí.

No quiero pensar que no tengas ninguna especial disposición. Protesto en nombre de todas las mujeres, pues no consiento en la idea de que pueda existir una mujer que nada valga. Esto sería estar a la altura de los pobres hombres (!).

Pues bien, dame cuenta de esas habilidades tuyas; confía a «Y», Revista que nació para distraerte y amenizarte, el pequeño secreto que guardaba tu modestia. «Y» te lo agradecerá, porque los garabatos picudos de tu escritura nos traerán luz a estas páginas que forman unas cuantas mujeres para el resto de las que pueblan España, y ya sabes aquello de que «lo que a uno no se le ocurre, se le ocurre a otro».

Ayúdanos, préstanos tus ideas aunque cabalguen en fantásticas quimeras; haznos partícipes de aquello que tan bien sabes hacer.

Ya sabes que somos tus amigas, que nos hallamos sobre el claro espejo de una página que «Y» nos prestó y nos hablamos de mujer a mujer.

Todas sabéis, queridas lectoras, que la grafología es la ciencia que tiene por objeto descubrir, por la inspección de la escritura manuscrita, el temperamento, el carácter, las pasiones, aptitudes, defectos, en una palabra, la personalidad humana toda entera.

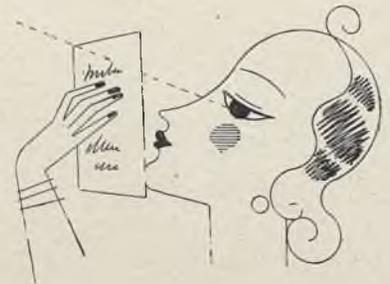
A primera vista parece imposible, absurdo, hace sonreír incrédulamente, pero después de algunos momentos de reflexión, la cosa parece natural si pensamos que la escritura no es más que un gesto de la mano que emana del cerebro.

Después de leído esto, os daréis fácilmente cuenta de la utilidad e importancia que puede tener para vosotras el tener en vuestra Revista una amiga que os ayude a descubrir todas vuestras cualidades y hasta el más mínimo de vuestros defectos. ¿No creéis que conociéndoos mejor llegaréis más fácilmente a ser la mujer perfecta que todas ambicionáis ser?

No lo dudéis, acudid a mí, pero antes, escuchad un pequeño consejo: La verdadera personalidad del que escribe, no está en la escritura aplicada del que hace una plana. Al escribir, nuestro cerebro está lleno del pensamiento que estamos expresando y ocupado únicamente por la multitud de sensaciones que por nuestra mente pasan. Es nuestro pensamiento el que se traduce maquinal e inconscientemente sobre el papel, y ni un minuto nos preocupamos de la forma caligráfica de nuestras letras. Escribidme, pues, con naturalidad, dejad que vuestra pluma corra libremente reflejando vuestra verdadera personalidad; unas veinte o treinta líneas me bastarán. Firmadlas con un seudónimo y enviadlas a «Y». Sólo os queda después buscar en esta columna el resultado.

¡Arriba España!, queridas amigas, y hasta pronto.

DETILMA

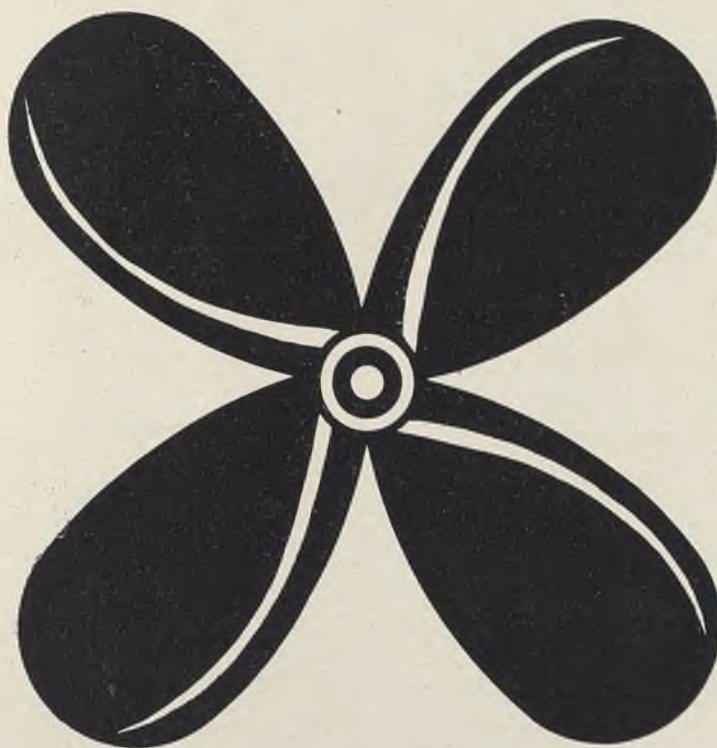


COMPañÍA ESPAÑOLA DE PINTURAS

«INTERNACIONAL»

FÁBRICAS EN:

LUCHANA :-: ERANDIO :-: BILBAO



MARCA

REGISTRADA

HOLZAPFEL

Únicos agentes y fabricantes en España de las pinturas

H O L Z A P F E L

Ibáñez de Bilbao, 8, 1.º

BILBAO

EN BILBAO

HOTEL ARANA

BIDEBARRIETA, 2

TELÉFONO 13158

ABONOS MINERALES

Superfosfatos - Abonos compuestos

Nitrato de sosa - Sulfato de amoníaco

Dirigir los pedidos a

UNIÓN ESPAÑOLA DE EXPLOSIVOS

Orueta, 6

BILBAO

“ BILBAO ”

COMPañÍA ANÓNIMA DE SEGUROS

Plaza de España, 4, 1.º BILBAO

Seguros de incendios, robos, cosechas y marítimos (cascos, fletes y mercancías). - Agencias en todas las plazas y principales centros de producción de España. - Consúltense sus primas y condiciones.

Dirección general en BILBAO: Apartado 297
Telegramas: «Bilciase» - Teléfono 10.631

CAJA RURAL DE AHORROS Y PRÉSTAMOS DEL SINDICATO AGRÍCOLA CATÓLICO « NUESTRA SEÑORA DE BOTOA »

BADAJOS



Capital solidario: Ptas. 111.959.793,00

Préstamos personales, hipotecarios y pignoraticios con y sin desplazamiento de la prenda. - La Caja Rural no reparte dividendos: todas sus utilidades son invertidas en obras de interés social.

OFICINAS: SAN JUAN, NÚM. 18

SOCIEDAD GENERAL DE HIGIENE

GARIBAY, 22

URBIETA, 9

MIRACRUZ

Sábanas de goma, guantes goma, chupadores goma.
Biberones. - Tubos irrigador. - Termómetros clínicos.
Bolsas agua caliente. - Cánulas goma.

MADAME X

FAJAS DE GOMA

Garibay, 22

TELÉFONO 304

SALÓN DE PELUQUERIA
PARA SEÑORAS Y NIÑOS

María Bermejo.

y Eloisa Gabarain

CUIDADOS DE BELLEZA
ONDULACIONES
RIZADO PERMANENTE
TINTES AL KOMOL
MANICURA, ETC., ETC.

P. Gorosábel, 17, 1.º
T O L O S A

HOTEL

Fernando Isabel

VALLADOLID

Eisa, B. E.

COSTURAS

Avenida, 2

San Sebastián

Boucleur "QUICK"

Permite rizar los cabellos rápidamente y facilita el secado de los mismos sin necesidad de utilizar rizadores.

Laboratorios ENEIDA
SAN SEBASTIAN



PERFUMERÍA Y SALÓN DE SEÑORAS

Tintes - Champooing - Ondulación Marcel - Manicure
Postizos de Arte - Ondulación Permanente

Sucursal de la «Academe Scientifique de Beauté»

MARIA ECHEVERRIA

Urbieta, 15 y San Martín, 21 - Tel. 10.994
SAN SEBASTIAN

¿Porqué.....

emplear para la
cocina el petroleo o
la gasolina exóticos
(cuyo importe
va al extranjero)

SI resulta mucho más
seguro

limpio

y

cómodo

el infiernillo con

Alcohol Leon

Alcohol "EL LEON"
para quemar.

Producto cien por cien nacional

ALDUS S. A. SANTANDER

